

PRIMERA PARTE  
LOSÍAN



## *Isla de Whitholm, febrero de 1147*

—**M**ira a tu alrededor, engendro del infierno —gruñó el monje—. Lanza una última mirada al mundo.

De forma instintiva, Simon obedeció a su requerimiento y miró hacia atrás, al otro lado del mar. El viento le alborotó el cabello y un mechón le tapó un ojo; pero el joven no podía hacer nada para apartárselo de la cara, porque los hermanos benedictinos le habían atado las manos a la espalda. Como si un muchacho de quince años pudiera enfrentarse a cuatro hombres hechos y derechos. Un rayo de sol iluminó el mar y la costa que se extendía a lo largo de él con una luz resplandeciente. El campanario de la iglesia conventual, que en realidad era achatado y feo, se convirtió de repente en un elemento afiligranado. Luego una nube se deslizó ante el sol y el monasterio de St. Pancras volvió a sumergirse en la penumbra.

Tampoco es para tanto, le hubiera gustado decir a Simon, para decirle al mundo que le expulsaba de su seno que podía renunciar perfectamente a él. Pero ni siquiera tuvo oportunidad de pronunciar esta mentira, porque los hermanos le habían amordazado para que no pudiera blasfemar.

El viejo monje calvo con los mechones de pelo blanco en las fosas nasales, que durante el exorcismo había rezado con tanta furia que finalmente había sufrido un desmayo y se había desplomado, golpeó al joven entre los omoplatos con su bastón:

—¡Adelante, camina!

A solo treinta pasos del desembarcadero se levantaba una empalizada con una imponente torre de acceso, también de madera.

—La llave, hermano Martin —pidió el de los pelos en la nariz en tono apremiante.

El hermano Martin cogió de su cinturón la llave más grande que Simon había visto nunca y la metió en la herrumbrosa cerradura de un candado. Después de que hubiera sacado la espiga de su encaje, los otros dos hermanos pudieron levantar el pasador de hierro que cerraba el portón. Este tipo de cerrojos se colocaban habitualmente en el lado interno de las puertas de los castillos. Pero aquí su función era muy distinta.

Los dos monjes jóvenes tuvieron que emplearse a fondo para abrir una de las pesadas hojas de la puerta. Cuando la rendija alcanzó el tamaño de un hombre, Simon recibió un golpe en la nuca con la punta del bastón y cruzó el umbral tambaleándose para caer sobre la dura tierra al otro lado. Como no podía frenar la caída con las manos, aterrizó sobre el pecho, y enseguida escuchó el estruendo de la puerta al cerrarse.

Simon sintió el contacto del lodo helado bajo su mejilla y lloró.

Lloró larga y amargamente. Se sentía horrorizado hasta lo más hondo por lo que le había sucedido. Y tenía miedo. Miedo a la condenación eterna que el abad le había profetizado; pero miedo, sobre todo, a lo que podía esperarle allí, por el resto de su vida.

Las lágrimas le taparon la nariz y de pronto se quedó sin aire, porque con la mordaza le resultaba casi imposible respirar por la boca. Simon empezó a jadear, desesperado. Y cuando ya estaba a punto de dominarle el pánico, sintió una mano en el brazo.

—Chsss... Calma, hijo —oyó que murmuraba una voz bondadosa. Unos brazos fuertes le abrazaron por detrás y una mano le acarició la frente—. Chsss... Respira. Enseguida estarás mejor.

Las manos sujetaron a Simon por debajo de las axilas y lo pusieron en pie. Y un instante después le desanudaron el trapo con que le habían amordazado.

Simon escupió y se volvió.

—Gracias.

Se hallaba frente a un anglosajón flaco vestido con un raído hábito monacal. El hombre era más joven de lo que a primera vista hubiera podido deducirse por su pelo cano y su hirsuta barba blanca. Debía de tener unos cuarenta años, y sus ojos azules centelleaban.

–Aquí todos empiezan como tú, ¿sabes? –dijo–. Todos se quedan tendidos junto a la puerta sollozando. Pero tampoco es tan malo, créeme. Uno se acostumbra. ¿Cómo te llamas, hijo?

–Simon de Clare.

–¡Ah! De la más noble sangre normanda. Un honor para nosotros. Bienvenido a la isla de los benditos, Simon de Clare.

–Pensaba que era la isla de los malditos –replicó Simon.

–Así la llaman los de fuera. Pero nosotros, aquí dentro, estamos mejor informados.

–¿Y cuál es tu nombre?

–Soy san Edmund –se presentó el anglosajón–. Pero puedes llamarme rey Edmund. Así lo hacen todos aquí.

Simon sintió cómo la tímida sonrisa que había esbozado se le helaba en el rostro. Ese tipo estaba completamente loco. Como todos allí. Carraspeó.

–¿Y me liberarás de mis ligaduras, rey Edmund?

–En cuanto sepa hasta qué punto eres peligroso.

–Oh, no tienes nada que temer a ese respecto –replicó el joven en tono amargo–. Soy absolutamente inofensivo.

–Si eso es lo que crees, te conoces mal, Simon de Clare. Ningún hombre es inofensivo. ¿Por qué estás aquí?

Simon apartó la mirada. La vergüenza era como una bilis que le quemaba por dentro.

–Preferiría no hablar de eso.

–No tienes ningún motivo para avergonzarte. Todos los que estamos aquí tenemos algún defecto. Exactamente igual que los de ahí afuera, solo que en nuestro caso tal vez sea un poco más llamativo. Pero si algo puedes aprender aquí es a no avergonzarte de lo que eres.

Simon lanzó un resoplido.

–Creo que me va a resultar condenadamente difícil.

–Eso no importa. Tienes el resto de tu vida para aprenderlo. Y si vuelvo a oírte maldecir, hijo mío, lo lamentarás.

–Pido disculpas, santo rey Edmund –dijo Simon, esforzándose en eliminar cualquier rastro de burla en su voz, y a continuación saludó con una cortés inclinación de cabeza al hombre que parecía tenerse por el más fervorosamente venerado mártir anglosajón y entró en el patio interior de la vieja fortaleza insular.

Era una fortificación de construcción típicamente normanda que había sido abandonada hacía más de treinta años, aunque las empalizadas se mantenían intactas y la torre de defensa de madera situada sobre una eminencia del terreno incluso parecía tener todavía un tejado.

El rey Edmund siguió a Simon y procedió a mostrarle el lugar. El hombre señaló una cabaña de madera medio podrida situada en el lado derecho del patio.

—Creemos que en otro tiempo aquí se cocía el pan. En todo caso hay un fogón, y en él cocinamos lo que comemos.

—¿Y qué es lo que coméis? —preguntó Simon—. ¿De dónde...? Quiero decir, que aquí no crece nada, y tampoco huele a ganado.

—Una vez al mes, los monjes nos traen comestibles de los que pueden prescindir. ¿No sabrás cocinar por casualidad?

El joven sacudió la cabeza.

—Lástima. ¿Estás seguro? —insistió el rey Edmund.

—¿Acaso parezco un maldito pinche de cocina? —se indignó el joven normando, y el rey Edmund se abalanzó sobre él emitiendo un grito estridente que le heló la sangre en las venas.

—¡Te dije que no debías maldecir, granuja desvergonzado! ¡No se maldice en presencia de los santos! —exclamó, y lo tiró al suelo y empezó a golpearle el pecho y la cabeza con los puños.

Simon yacía tendido sobre sus manos atadas y ni siquiera podía protegerse la cara. El puño del rey Edmund le dio en la nariz, de la que al instante empezó a brotar sangre; pero, antes de que la cosa se pusiera fea de verdad, alguien sujetó a su atacante y lo arrastró hacia atrás.

—Creo que ya es suficiente. —Era una voz agradable, en la que se traslucía una peculiar mezcla de respeto y autoridad—. Estoy convencido de que no lo ha dicho con mala intención.

Con los ojos dilatados de espanto, Simon levantó la cabeza hacia su salvador y el rey Edmund siguió chillando durante unos segundos y luego se calmó de pronto, con la misma rapidez con que antes se había enfurecido.

—Estaría bien que te disculparas —aconsejó el recién llegado al joven.

Su cabello y su barba eran tan largos e hirsutos como los del autodenominado santo, pero de un color rubio trigueño. Debía de tener entre veinte y treinta años, y a Simon le resultó imposible precisar si tenía los ojos azules o verdes. Unas manos fuertes le ayudaron a ponerse en pie y luego el hombre empezó a liberarle de sus ligaduras.

Simon lanzó a Edmund una mirada recelosa.

–Lo siento.

–También lo dijiste hace un momento –replicó el santo rey mártir, y se alejó, ofendido, pisando fuerte.

–Fantástico –murmuró Simon para sí–. No he necesitado mucho tiempo para enemistarme con el primero de los locos.

–No te preocupes. No es rencoroso. Antes de que llegue la noche ya te habrá perdonado. El rey Edmund es uno de los miembros más inofensivos de nuestro grupo. Y una persona sorprendentemente cultivada. Incluso sabe leer.

–Tiene el aspecto de un monje –señaló Simon.

–Más bien creo que fue sacerdote. Conoce el mundo y a los hombres. Imagino que debió de ser un buen pastor de almas antes de... –El hombre dejó la frase inacabada.

Simon sintió que la presión de la cuerda en sus muñecas desaparecía. Aliviado, se frotó las manos, insensibles, y se inclinó ante su liberador.

–¿Sois normando, *monseigneur*?

La mirada de los peculiares ojos se perdió en la lejanía.

–Sí.

–Solo pensaba que... –añadió Simon enseguida–. Como habláis con tanta fluidez el anglosajón... –Y señaló vagamente en la dirección por donde había desaparecido el rey Edmund.

–¿Y qué significa eso hoy en día? Tú también lo hablas.

Simon asintió con la cabeza. No era la lengua en la que pensaba y soñaba, pero había venido al mundo en esa tierra. Muchos normandos hablaban anglosajón. Pero había pocos que lo hicieran con tanta soltura como este hombre.

–Mi nombre es Simon de Clare.

–¿Y qué te ha traído a este lugar abandonado de Dios en el más auténtico sentido de la expresión, Simon de Clare?

–La epilepsia –respondió este escuetamente. De pronto le había resultado extrañamente fácil revelarlo, aunque, como siempre, la palabra arrastraba consigo esa inevitable y torturadora vergüenza.

–¿Dijeron que estabas poseído?

Simon bajó la mirada.

–Sí. –Y luego levantó los ojos y preguntó a su vez–: ¿Y vos? No da la sensación de que os encontréis en vuestro lugar aquí, *monseigneur*.

–Eso es extraordinariamente halagador, pero te equivocas.

–¿Y tenéis un nombre?

–Supongo. Pero ya no sé cuál es. No tengo ni idea de quién soy, Simon de Clare. Mi vida, tal como la conozco, empieza un día hace aproximadamente dos años y medio en que me desperté de una fiebre en ese monasterio, al otro lado del mar. Por lo visto había vuelto hacía poco de Tierra Santa, porque llevaba un manto de cruzado. Pero ya no sabía qué podía haber hecho allí ni quién era. Por eso me llaman Losian.

Simon sabía lo que significaba esta palabra: estar perdido. Sorprendido, constató que todavía era capaz de sentir compasión por otra criatura humana. Sin duda, Dios y el mundo lo habían tratado mal, pero al menos él no se había perdido. Se dio cuenta de que aún había algo por lo que debía estar agradecido.

En cuanto se había despertado, Losian supo que aquel sería un mal día. Había notado en los huesos que iba a producirse un cambio, y los cambios no eran buenos. Su mayor, y único, patrimonio era la apariencia de equilibrio con que había encubierto la falta de sentido de su existencia, una capa protectora que estaba constituida en buena medida de resignación. Pero como este equilibrio no estaba anclado en ninguna realidad, se tambaleaba con facilidad. Por eso, cualquier cambio era una amenaza. Y ahora se encontraba aquí, ante él, en la forma de este muchacho de cinco pies de alto y de una delgadez que le daba un aspecto casi enfermizo. Un rostro de rasgos bien proporcionados, de tez clara, enmarcado por unos cabellos lisos negros. Con unos ojos verde mar que le miraban suplicantes.

Losian apartó la mirada. No tenía ninguna ayuda que ofrecer a este muchacho.

—Dentro de tres horas se hará de noche. Será mejor que busques a tiempo un lugar para dormir, si no quieres congelarte de frío.

Lo dejó plantado y cruzó el cenagoso patio de la fortaleza. En el lado oeste había unas cuantas cabañas de madera, que seguramente en su día habían servido de alojamiento a la servidumbre del castillo. La situada más a la izquierda estaba un poco apartada de las demás, y era la que Losian utilizaba como vivienda. Incluso tenía una puerta. Las paredes y el tejado de la cabaña, de una sola habitación, eran de tablas que habían sido impermeabilizadas aquí y allá con paja y arcilla. No había ventanas, ya que en esa isla azotada por el viento la protección frente al mal tiempo era más importante que la luz del sol. A pesar del intenso frío invernal, la cabaña no tenía ningún tipo de calefacción. Un jergón de paja con una manta de piel raída, un taburete de madera y una caja constituían el único mobiliario del cuarto.

—Es muy... limpio —dijo Simon desde la puerta.

Losian se volvió hacia él.

—No recuerdo haberte invitado a entrar.

Simon retrocedió un paso, sobresaltado.

—Os pido perdón. Pero es que... no sé adónde puedo ir.

—Espacio es lo único que sobra aquí. Puedes buscarte una cabaña para ti solo, pero entonces te helarás por las noches. Por esta razón la mayoría vive en grupo. —Él mismo era una excepción, porque necesitaba un lugar al que poder retirarse. Además, por la noche le atormentaban las pesadillas, a veces tan terribles que le despertaban sus propios gemidos, y prefería guardar aquello en secreto—. Estoy seguro de que podrás alojarte con el rey Edmund o con los siameses. Solo hay una cosa que no debes hacer de ningún modo, y es subir a la torre del castillo.

—¿Por qué no?

Losian sacudió la cabeza. Había cosas que era preferible no saber nada más llegar.

—Tú hazme caso y no preguntes. —Invitó a entrar al joven con un gesto—. ¿Tu padre es un *lord* poderoso? Me he dado cuenta de que pronuncias tu nombre con orgullo, y llevas ropas delicadas.

—Los De Clare son una gran familia con muchas tierras. El más poderoso es mi tío, el conde de Pembroke. Mi padre solo poseía una granja. Era vigilante forestal real en Lincolnshire. Cayó el último otoño.

Losian asintió con la cabeza. El rey Edmund le había explicado que una guerra hacía estragos en el país. Pero hasta allí no llegaban las guerras. Los habitantes de esa isla podían permanecer del todo indiferentes a las tribulaciones del mundo. Y a veces le asaltaba la terrible sospecha de que le parecía muy bien que fuera así.

Con un poco de retraso constató que Simon estaba hablando de nuevo:

—... de modo que, después del entierro de padre, cabalgué hasta la casa de mi tío, que me dispensó una acogida muy cordial. Y durante dos meses todo fue bien. Pero luego tuve el primer ataque.

—¿Y entonces se acabó la cordialidad?

Simon asintió.

—Sé que le avergonzó echarme; pero aún le avergonzaba más que sus amigos supieran que tenía a alguien como yo en su casa. Me envié a York con el prior del monasterio, que es un gran sanador. Pero naturalmente tampoco él pudo hacer nada. El hombre se esforzó en hacerme ver con delicadeza que no estoy enfermo sino poseído.

Losian hizo un gesto de asentimiento.

—Ese fue el momento en que hubieras debido largarte.

—Y eso es lo que quería hacer. Quería volver a casa. De hecho, la granja me pertenece a mí ahora. Pero los monjes no me dejaron marchar. Me encerraron y al final me trajeron aquí. —Hizo un gesto vago en dirección a tierra firme y al monasterio.

—Con los maestros en la expulsión de demonios...

Simon le miró, intrigado, pero no preguntó nada.

De todos modos Losian le dijo:

—Hay un demonio, de nombre Dantalión, que ataca la memoria y arranca los recuerdos. Decidieron que ese demonio había tomado posesión de mí, y emplearon todos los medios para expulsarlo de mi cuerpo.

—Al menos sobreviviste —señaló el joven, acongojado.

—Igual que tú —replicó Losian.

Simon asintió.

–¿Cuántas personas viven aquí?

–Diecisiete, contándote a ti.

–¿Solo hombres?

–Hombres y muchachos, sí.

–¿Es que tienen una isla aparte para las mujeres locas? –preguntó Simon con amargura–. ¿Para que la custodia de locos y deformes se efectúe conforme a las reglas del decoro y el respeto a la moral y simplemente no se reproduzcan?

Losian sacudió la cabeza.

–Creo que se debe a que en el caso de las mujeres es más fácil mantenerlo en secreto. Sus familias las ocultan en casa o en algún convento apartado.

–Y... ¿todos están locos aquí? ¿Como el rey Edmund?

–No, no. Solo tres están realmente locos. Cuatro, si quieres contarme entre ellos, y la verdad es que existen unas cuantas razones para hacerlo. Cinco son, sencillamente, deficientes mentales. Y el resto son contrahechos.

–¿*Contrahechos*? Pero ¿por qué demonios los encierran aquí?

–Porque el venerable abad de St. Pancras, ahí enfrente, cree que no han sido creados a imagen de Dios, y por eso no se puede pedir al resto de la gente que soporte la presencia de estas personas entre ellos.

–Ni la nuestra, porque estamos poseídos –añadió el joven.

–O la de los deficientes mentales, de los que se dice que no tienen alma.

–¿Y... tú qué crees? –preguntó Simon.

–Pregúntale al rey Edmund –propuso Losian–. *Él* es el erudito. Simon lanzó un resoplido.

–Seguro que sus comentarios serían sumamente interesantes.

–De hecho lo son. Aparte del pequeño detalle de que se tiene por un difunto rey mártir, su mente parece estar en perfecto orden. Dice misa sin ningún tipo de ayuda y prácticamente se conoce toda la Biblia de memoria.

–¿Celebra la misa *aquí*?

Losian asintió.

–Ven. Seguro que los otros se mueren de ganas de echarte un vistazo. Creo que hoy les toca a los siameses hacer la comida. Esto

significa que hoy es un buen día. Vamos, Simon de Clare; si no nos damos prisa, no quedará nada.

Al ver a los siameses, Simon sintió un escalofrío: los dos hermanos, dos anglosajones de pelo liso y rubio que se parecían como dos gotas de agua, habían crecido unidos por la cadera. Calculó que debían de ser unos tres años mayores que él, y se movían con tal ligereza y facilidad que parecía que una sola voluntad dirigiera sus miembros.

—Godric y Wulfric —los presentó Losian—. Y este es Simon de Clare.

Cada uno de los siameses palmeó a Simon en un hombro con gran entusiasmo, y los dos dijeron al unísono, con una amplia sonrisa:

—Bienvenido, Simon.

—Gracias. —Instintivamente les devolvió la sonrisa.

—Hay gachas —anunció Wulfric.

—Espero que te gusten, porque aquí prácticamente solo hay gachas —añadió Godric.

—Me vuelven loco las gachas —mintió Simon, y todos rieron.

La antigua panadería disponía, junto a un horno en estado ruinoso, de un pequeño fogón. Una caldera colgaba sobre el fuego. Taburetes y cajas de madera vueltas del revés formaban un círculo irregular en torno a la cocina. Pronto empezaron a entrar en la pequeña habitación otros habitantes de la isla, solos o en parejas. El primero en llegar fue un viejo campesino de mejillas rojas llamado Luke, que le confió a Simon que una serpiente vivía en su vientre. Los días buenos la serpiente dormía, pero los días malos amenazaba con desgarrarlo por dentro si se movía aunque solo fuera una pulgada. En esos casos debía permanecer sentado sin decir ni pío.

El siguiente en aparecer fue un joven pelirrojo sordomudo, al que llamaron Jeremy. Luego llegó un joven regordete de andares desmañados, con una cabeza demasiado grande y redonda como una bola y unos ojos en posición oblicua, que se precipitó hacia Losian y lo abrazó con mucha fuerza.

Losian ladeó la cabeza, pero soportó la tormentosa muestra de cariño unos segundos antes de liberarse con suavidad.

–Ya está bien, Oswald. Cálmate.

–Tengo algo para ti –dijo Oswald radiante. Hablaba farfullando y costaba un poco entenderle.

Losian cogió el objeto que le tendía el joven. Era un penique.

–¿De dónde lo has sacado? –preguntó pasmado.

–En el adarve –explicó Oswald–. Encajado entre dos maderos.

–Guárdatelo. No puedes regalarme todo lo que encuentras.

–Para ti –insistió Oswald–. Para mi amigo el mejor de todos los amigos.

–Bueno, está bien. –Losian metió la moneda en la desgastada bolsa de cuero que llevaba colgada del cinturón–. La guardaré para ti.

–Esos leprosos debieron de ser gente rica si esparcían su dinero por el adarve –opinó Wulfric, y empezó a echar cucharadas de gachas en los cuencos.

–¿Leprosos? –repitió Simon.

Los siameses asintieron.

–Estuvieron aquí antes que nosotros. Pero luego los hermanos de St. Pancras, al otro lado, construyeron un hospital para leprosos en tierra firme. Muy bonito, por lo que he oído.

–¿Y en lugar de a ellos, ahora nos encierran a nosotros en esta lamentable ruina? –exclamó Simon en tono amargo–. ¿Es que valemos aún menos que los leprosos?

–No. Pero los venerables hermanos de St. Pancras nos miran con otros ojos –explicó el rey Edmund–. Dios golpea a los hombres con la lepra para castigarlos por sus pecados; pero todos los hombres son pecadores. De modo que la lepra puede afectar a cualquiera, y por eso debemos ayudar a los leprosos y darles limosnas. Los que estamos aquí, en cambio, somos casos perdidos. Ellos no creen que Dios nos castigue, sino que nos ha repudiado. Y por tanto les parece perfectamente razonable seguir su ejemplo.

Simon lo miró asombrado. ¿Realmente ese cultivado hombre de Dios era el mismo que antes se había abalanzado sobre él hecho una furia?

–Griff no se puede levantar –informó Wulfstan, un hombre afectado de enanismo–. Le he dicho que le llevaría algo, pero ya no quiere tomar nada.

–Griff está tísico –explicó Godric a Simon–. Creo que pronto pasará a mejor vida.

–¿Puedo quedarme con sus zapatos si muere? –preguntó Luke–. ¿Y con su manta?

–El primero que necesita una manta es Simon –replicó Losian.

–Pero él ya tiene ese elegante abrigo grueso –protestó Luke–. Yo necesito la manta mucho más. –Su arrugado rostro de campesino se deformó en una infantil mueca de rebeldía–. ¡Yo también quiero tener algo como los demás! Tú siempre dices que hay alguien que está por delante de mí...

Losian le apoyó la mano en el brazo.

–Tendrás los zapatos. Pero no la manta. Lo siento. Por otra parte, Griff aún no ha muerto, y al menos deberíamos esperar a entregarlo al mar antes de repartirnos sus pertenencias.

–Amén –dijo el rey Edmund–. Y ahora recemos.

Todos dejaron sus cuencos en el suelo, se persignaron e inclinaron la cabeza, mientras el rey Edmund bendecía la mesa. En cuanto hubo acabado, Simon agarró su cuenco, y ya iba a coger las gachas con los dedos, cuando Godric le dijo:

–No, no es necesario. –Y repartió cucharas de madera–. Antes comíamos con las manos. De hecho antes aquí vivíamos como animales. Hasta que llegó él –dijo señalando a Losian–. Él nos recordó que éramos seres humanos, y se preocupa de que la mayoría de las veces también nos comportemos como tales.

Simon había creído que la visión de tantas deformidades y tanta miseria humana le precipitaría a un estado de profunda melancolía, pero en realidad no fue así. Sobre todo debía agradecer a Godric y a Wulfric que su nueva vida no le pareciera del todo insoportable. Los siameses le habían invitado a que se instalara con ellos en la vieja herrería y le habían explicado la rutina cotidiana de esa peculiar hermandad. La alegría con que los hermanos se enfrentaban a su destino le dio nuevos ánimos y, aunque solo eran unos campesinos anglosajones, los adoptó como ejemplo. Ellos habían atravesado por una experiencia muy parecida a la suya. Su padre era un criador de ovejas en un pueblo cerca de Scarborough. Su madre había

muerto desangrada al nacer los siameses, pero ni eso ni su anomalía habían hecho que el padre se distanciara de ellos. La gente del pueblo incluso creía que los siameses les traían suerte, porque desde su nacimiento no había habido ninguna mala cosecha. Luego había venido la guerra. Las tropas escocesas esquilaban a los lugareños hasta el punto de condenarlos a la miseria, y los ancianos del pueblo decidieron pedirle al abad de St. Pancras que mediara y hablara por ellos, pues era muy respetado por los escoceses. Seguramente fue una tontería enviar a los siameses, ya que su aspecto asustaba fácilmente a la gente que no estaba acostumbrada a ellos. Sin embargo, los ancianos lo decidieron así porque siempre les habían traído suerte. Y el abad no había permitido que los muchachos, que por entonces tenían catorce años, volvieran nunca a casa. De hecho, a ellos lo único que les inquietaba de verdad en todo aquel asunto era la preocupación que debía de sentir su padre.

—No sabemos si llegó a dirigirse a St. Pancras para investigar qué nos había ocurrido. Ni, si lo hizo, qué le explicaron —dijo Wulfric, mientras subían con Simon por la desvencijada escalera que llevaba al adarve—. En cualquier caso, debe de pensar que hemos muerto o que vivimos aquí una existencia miserable. Es duro para un padre, ¿comprendes?

Simon asintió, compungido. Cuando llegaron arriba, miró por encima del parapeto que recorría todo el perímetro de la empalizada. La llana y boscosa isla se extendía a lo largo de una milla aproximadamente. Y detrás se hallaba el mar. Esa mañana era de un color azul de acero, porque el tiempo había mejorado.

—El bosque, ahí abajo, debe de bullir de animales que podríamos cazar —comentó Simon.

Wulfric suspiró.

—Sí, pero para nosotros es como si estuviera en Irlanda. No hay forma de escapar de este castillo. Losian lo ha intentado todo; pero no tenemos palas para cavar un túnel bajo la empalizada, ni hachas para derribarla. Ni siquiera tenemos un cuchillo con el que recortarnos la barba.

Simon ya se había fijado en que todos llevaban los cabellos y la barba largos.

Continuaron su ronda. En el lado oeste Simon se inclinó sobre las peligrosas puntas de las estacas de madera y miró hacia abajo, hacia el embarcadero.

—¿Y no sería posible descolgarse con una cuerda?

—Para eso se necesita una cuerda —explicó Godric.

—Losian recoge todos los trapos que puede encontrar con la esperanza de poder fabricar una cuerda fuerte algún día —continuó su hermano—. Pero hasta ahora no basta ni para colgar a un tipo con ella.

—Tal vez sea mejor así —opinó Godric.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Simon extrañado.

—Bueno, a veces la melancolía se apodera de Losian. Entonces no dejamos que suba aquí arriba. Supongo que es terriblemente egoísta por nuestra parte, porque al menos a todo el mundo debería quedarle una salida abierta. Pero es que no sabríamos qué hacer sin él.

Losian dejó pasar toda una semana antes de llevar al joven a la colina del castillo. Hubiera preferido aplazarlo más, pero sabía que era peligroso. Simon se hallaba en un estado de ánimo preocupante, le había explicado el rey Edmund. ¿No nos pasa eso a todos?, había replicado Losian, pero naturalmente sabía a qué se refería Edmund. El joven normando ya llevaba bastante tiempo en la isla para ser consciente de las tremendas privaciones que debería padecer durante el resto de su vida, pero aún no lo bastante para haberse habituado a ese destino en realidad insoportable. Por eso había caminado, balanceándose como un equilibrista, al borde del parapeto maldiciendo su suerte al alcance del oído de Edmund. Tal vez el joven no fuera consciente de lo que hacía, pero rogó a Dios que le liberara porque él no se veía en condiciones de hacerlo por sí mismo. En su interior luchaban la natural ansia de vivir de un muchacho y el anhelo de muerte de un desesperado. Y cuanto peor se sentía, mayor era su impaciencia por poder pisar por fin la torre del castillo.

Ese día le tocaba a Losian llevarle la comida a Regy. Uno junto a otro, subieron la escalera, y cuando llegaron a la puerta de entrada de la torre, Losian dijo:

—Ahora escúchame bien, Simon: ese hombre de ahí dentro es peligroso. Posiblemente trate de despertar tu compasión, pero no te

dejes engañar. Ha atormentado y dado muerte a seres humanos. Está encadenado, pero no debes darle nunca la espalda, porque arde en deseos de matarnos a ti y a mí. ¿Me has comprendido?

Simon le miró con los ojos muy abiertos y asintió con la cabeza.

Losian abrió una hoja del portón y entró en el interior en penumbra.

Apenas se podía reconocer lo que había sido una suntuosa sala. El entramado del tejado era poco más que un costillar desnudo, y los tablones del suelo, cubiertos de musgo y enmohecidos, faltaban en algunos lugares. Aunque entraba aire fresco del exterior, el lugar apestaba como una jaula de fieras.

Losian escrutó las sombras del lado oriental. Hasta que no descubrió a la figura encogida sobre el suelo desnudo, con la espalda apoyada contra una de las columnas de soporte, no entró en la sala.

—Regy. Te traigo pan.

—Y un excepcionalmente hermoso pedazo de culo, por lo que veo —respondió una voz en normando. El tono era jovial, casi eufórico.

—Este es Simon de Clare —explicó Losian.

Se acercó lentamente, y Simon no se apartó de su lado.

—Es un honor para mí —dijo la figura—. Reginald de Warenne.

El joven se inclinó, con la mano en el pecho.

Regy rio. Aún no había dejado ver su rostro. Mantenía la cabeza entre las rodillas, de modo que solo se veía una maraña desordenada de cabellos y barba. Llevaba los brazos y las piernas desnudos, pero Regy, Losian lo sabía, nunca tenía frío.

—Diría que no tienes buen aspecto, Losian —señaló Regy—. ¿Por qué no te largas de esta isla desolada? Ve a ver a ese boticario de York del que te hablé. Te transportará a un sueño mágico y te llevará de vuelta a tu pasado en Tierra Santa. Y cuando despiertes, volverás a saber quién eres.

Losian torció la boca en lo que esperaba fuera una sonrisa depreciativa.

—Aún no estoy tan desesperado como para que se me ocurra endarme con tus amigos satanistas.

—Oh sí, lo estás. Realmente creo que eres el hombre más desesperado con que me he tropezado nunca. Y creo que temes enterarte

de quién eres. Hiciste algo espantoso en Tierra Santa. Algo que deja en ridículo todo lo que yo me he permitido hacer hasta ahora. Lanzaste a tiernas criaturas paganas al fuego o algo semejante. Y tu mente decidió olvidarlo junto con el resto de tu pasado porque no podías soportar el recuerdo de tu infamia.

—Es una teoría sumamente interesante —le alabó Losian, esforzándose en disimular que Regy había dado en el blanco y había conseguido adivinar con toda precisión el peor de sus temores.

Regy volvió a reír.

—Tengo razón, ¿no es verdad? Los músculos de tu mandíbula te traicionan. Siempre se quedan como petrificados cuando oyes algo que te da que pensar. A diferencia de nuestro amigo Simon de Clare, aquí presente. A él se le humedece el labio superior. ¡Qué fascinantes resultan estas minúsculas gotitas en la finísima pelusilla! Acércate un paso más, muchacho.

En una muestra de arrojo, Simon dio un paso hacia delante. Losian miró un momento al suelo. Una huella en forma de caracol estaba marcada en torno a la columna, en el lugar donde Regy había desgastado las tablas en sus paseos. El círculo interno correspondía al alcance de su cadena, que en sus vueltas se enrollaba en torno a la columna. Siempre que uno no cruzara este círculo, se encontraba seguro frente a la increíble fuerza de Regy.

—¿Tu padre es el conde de Pembroke? —le preguntó a Simon.

—Mi tío. Mi padre fue Ralph de Clare de Woodknoll.

—Oh, sí, lo recuerdo. Un hombre honorable en grado sumo. ¿Está muerto?

—Caído —respondió Simon escuetamente.

—Así pues, tu madre debe de ser la encantadora Katherine Montgomery —dijo Regy, y estiró las piernas hacia delante.

Simon entrecerró los ojos. Ese día Regy había preferido prescindir de su única pieza de ropa, una prenda que con muy buena voluntad podía calificarse de taparrabos. Como si hubiera intuido que tendría una visita a la que aún podría impresionar con aquello.

—Veo que estáis muy bien informado, *monseigneur*.

—Nunca olvido a una mujer hermosa. Espero que tu madre esté bien.

–Yo también lo espero. Murió hace siete años, en el nacimiento de mi hermana.

–Umm... Que murió con ella, supongo. Eres un muchacho valiente, Simon de Clare. Te preocupas mucho de hacerte el duro, pero en realidad te horroriza el hecho de encontrarte completamente solo en el mundo. De que, por ejemplo, ya no hubiera nadie para impedir que aterrizaras aquí. Me pregunto qué te habrá traído a este lugar.

–Ya he respondido a bastantes preguntas, suficientes para cumplir con el deber de cortesía –replicó el joven, visiblemente furioso.

Losian le dirigió un gesto apaciguador.

–No te dejes provocar, Simon. De este modo le proporcionarías un gran placer, y me da la sensación de que eso es lo último que deseas.

Regy volvió a reír para sí.

–Oh, Losian. Desde qué elevadas cimas nos contemplas. –Y dirigiéndose a Simon, añadió–: Debes saber que Losian se ha constituido en juez y guardián de mi persona. Y ha dictaminado que debo ser repudiado incluso entre los repudiados. Porque estoy loco. Eso lo dice un hombre que no sabe ni cuál es su nombre.

–Simon, me gustaría irme –dijo Losian.

Regy volvió la mirada hacia Simon y gritó:

–¡Buh!

Sacudiendo la cabeza, el joven se dirigió hacia la puerta. Losian le siguió.

–Te mataré, Losian –le comunicó Regy–. Llegará mi hora, algún día. Ya se me han ocurrido un montón de ideas para ti. Lo haremos sin prisas. Durará todo un día y toda una noche. Te convertirás en mi obra maestra.

–Me siento muy honrado –replicó Losian en tono aburrido, pero tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un estremecimiento.

–Si ha matado a gente, ¿por qué está aquí en lugar de haber sido colgado? –preguntó Simon cuando llegaron de nuevo al patio del castillo.

—Porque es quien es. Era un hombre muy influyente y dueño de muchas tierras en las cercanías de York. Y a menudo también pasaba épocas en la ciudad, porque el castellano era primo suyo. Así pudo mantener en secreto sus tropelías durante mucho tiempo. Buscaba a los campesinos o a la gente pobre de la ciudad y les pedía a un hijo o una hija como mozo, como sirvienta, qué sé yo. Como ofrecía un buen dinero, la mayoría aceptaba. Siempre se llevaba a muchachos y muchachas más o menos de tu edad. Y todos desaparecían sin dejar rastro.

—¿Él...? —Simon tragó saliva, pero enseguida se rehízo y continuó—. ¿Abusó de ellos y luego los mató?

—Sí.

—¿A cuántos?

—Una docena, dice. Tal vez exagerara un poco, para fanfarronear. No lo sé. Pero puedes creerme si te digo que si alguna vez ha habido un hombre que estuviera poseído por las fuerzas del mal, ese es Regy, Simon.

Finalmente, un padre desesperado se dirigió al párroco del pueblo y este, que ya había oído antes una historia parecida, habló con el archidiacono del arzobispo de York, que realizó algunas indagaciones discretas.

Habían llegado al pozo. Losian sacó un cubo de agua y vertió el contenido en una tina.

—Y las sospechas se confirmaron —dijo Simon, que caminaba junto a él.

Losian hizo un gesto de asentimiento.

—Aguanta la puerta abierta, por favor.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Lavar la ropa —respondió Losian—. El arzobispo convocó a Regy a una entrevista, a la que también asistió el castellano. El resultado fue que Regy nunca se enfrentó a un tribunal, sino que fue enviado a St. Pancras. Y los hermanos le colocaron esa argolla de hierro en el cuello, lo trajeron aquí y nos aconsejaron que fuéramos precavidos.

Losian se quitó la camisa pasándosela por encima de la cabeza.

—¿Y no fuisteis bastante precavidos? —aventuró Simon.

Losian metió la prenda en la tina y empezó a frotar.

–Simuló que era un deficiente un poco trastornado. Y la tercera noche después de que lo trajeran aquí ocurrió.

–¿Mató a uno de vosotros?

–A un joven llamado Robert –respondió Losian.

Al principio no había comprendido el significado de lo que había encontrado esa mañana en la cabaña de Regy, explicó. Regy estaba cubierto de sangre. Había tanta que Losian creyó que el nuevo se había rajado la garganta. Hasta que su mirada no se posó sobre lo que había quedado de Robert, no reconoció su error. Regy estaba agachado en el suelo con una extraña mirada vidriosa. Y cuando Losian le volvió la espalda, se abalanzó sobre él y le apretó la garganta. Si los siameses no hubieran pasado por allí por casualidad en ese momento, las cosas se hubieran puesto muy feas para él.

–Y entonces decidimos encerrarlo arriba, en la torre.

–¿Por qué no lo matasteis?

–Porque existía la posibilidad de que eso fuera exactamente lo que quería.

Simón asintió con la cabeza.

–Pero si lo decidisteis todos juntos, ¿por qué te odia tanto precisamente a ti?

–Porque yo encontré el cerrojo con el que aseguramos la cadena al poste.

–Y supongo que lo que llevas ahí, en torno al cuello, es la llave, ¿no?

–Así es.

Losian sacó su camisa del agua y la retorció.

–¿Por qué eres así? –preguntó el joven–. ¿Cómo es que te sientes responsable de las personas que están aquí?

–¿Quién ha dicho eso? –replicó Losian.

–Tengo ojos, ¿sabes? Tú te ocupas de que haya orden. Estás atento a todos. Tienes una paciencia de ángel con los retrasados. Y te has preocupado de que Regy...

–Todo lo que hago aquí lo hago por mí –lo interrumpió Losian–. Y si eres tan amable, me gustaría seguir haciendo la colada, y cuando me saco los pantalones prefiero estar solo.

–Apuesto a que fuiste un buen soldado allí en Tierra Santa. Y un buen caudillo.

Me gustaría poder creerlo, pensó Losian, y le pidió:

–Dile al rey Edmund que hoy no iré a comer. Hasta mañana por la mañana como mínimo no se habrán secado mis cosas.

**E**l desgraciado Griff murió en un frío y brumoso día de primavera.

–Bien, vamos allá –dijo Godric, afligido–. No hagamos esperar al pobre.

–Y cojamos tu manta antes de que Luke se apropie de ella –añadió Wulfric mirando a Simon.

Simon se sorprendió al ver que le invadía una alegre excitación ante la perspectiva de ser dueño de esa manta, probablemente infestada de parásitos. Aunque lo cierto era que cada noche se helaba de frío por más que se arrebujara bien en su abrigo, nunca se había quejado. Una y otra vez se repetía que debía ser duro consigo mismo para poder sobrevivir allí.

Al final tuvo suerte. A pesar de que había llegado antes, Luke se había quedado acurrucado en el suelo, con los zapatos de Griff en una mano y la otra apretada contra el vientre. Con los ojos petrificados de espanto, el viejo campesino levantó la mirada hacia ellos.

–Oh Jesús, ayúdame, la serpiente se ha despertado...

Las lágrimas rodaron por sus mejillas rojas como manzanas. Era evidente que estaba aterrorizado.

–No haremos ningún ruido –prometió Godric susurrando, y acto seguido levantó la agujereada manta, la dobló y se la tendió a Simon.

Simon se colgó la manta del brazo y siguió a sus amigos afuera.

–¿No se puede hacer nada por él? –preguntó.

Godric sacudió la cabeza.

–Él... bueno... cree con tanta firmeza en esa serpiente que tiene en el vientre que puede *sentir* realmente cómo reptar por su interior, ¿entiendes?

–Para ser sincero, no –replicó Simon, enojado.

El joven normando se había acostumbrado pronto a los defectos físicos de sus compañeros, pero seguía sintiendo como algo ultrajante el hecho de tener que verse confrontado con la locura o la debilidad mental. Luke, con su serpiente en el vientre, le parecía siniestro, y Oswald, con su boca eternamente abierta, y todos los otros

le ponían furioso. ¡Él era Simon *de Clare*, maldita sea! ¿Cómo era posible que le obligaran a vivir entre esas criaturas?

Poco después, en la capilla medio derruida, se formó el cortejo fúnebre más lamentable, con diferencia, que Simon había visto nunca. Lo encabezaba el rey Edmund, con una cruz de madera en la mano derecha fabricada con la pata de una mesa y una tabla. Luego venían Oswald, Harold, Jeremy y Losian, que llevaban al muerto a hombros. No había féretro ni sudario. Los seguía el resto del triste grupo. Todos subieron hasta el parapeto.

—¿Y ahora? —preguntó Simon a los siameses en un susurro—. ¿Lanzarlo por encima del parapeto para que aterrice en la arena y las gaviotas se den un festín?

—Aquí la empalizada da directamente a la orilla —susurró Godric—. Entregamos a nuestros muertos al mar.

El rey Edmund entonó una larga oración en latín y luego todos recitaron un padrenuestro. Finalmente Edmund hizo una señal a los portadores.

—Entregad estos restos mortales al mar y estad alegres. Porque en el Día del Juicio nuestro compañero Griff resucitará con nosotros.

Respondiendo a una inclinación de cabeza de Losian, los cuatro hombres izaron el cadáver sobre la empalizada y luego lo dejaron resbalar hábilmente hacia abajo.

Los siameses se quedaron inmóviles, contemplando el tranquilo mar que se extendía ante ellos.

—Habrà una tormenta —dijo Wulfric.

—¿Qué? —exclamó Simon, estupefacto.

—Tiene razón —le aseguró Godric—. Crecimos en un lugar con vistas al mar, y uno acaba reconociendo los signos. Tendremos una tormenta, una buena tormenta, sí.

*Cabalgaba solo por el desierto, y en la lejanía titilaban las murallas de Akkon. Debía llegar a la ciudad a cualquier precio antes de que oscureciera. Pero era consciente de que no tenía ninguna oportunidad. Su caballo ya era solo piel y huesos, y él mismo no estaba mucho mejor. Con todo, ahora sabía al menos que su objetivo estaba al alcance de la vista. Aunque no parecía que se acercara*

*nunca. Akkon. Ahí se levantaba con sus murallas en apariencia inexpugnables, y sin embargo caería si la noticia no llegaba a tiempo.*

*Cuando el caballo se desplomó, se liberó de los estribos. Luego desenvainó la espada y le rajó la garganta al animal. Para librarlo de sus tormentos, pero sobre todo para beber su sangre. Mantuvo las manos bajo el chorro rojo claro y bebió ansiosamente.*

*–Si vuelves a hacer eso, tendrás que abandonar mi servicio –dijo una voz encolerizada a su izquierda.*

*Se volvió. Sobre una pequeña elevación vio a un hombre con una corona y la cara cubierta por una máscara dorada.*

*–Lo he hecho por vos –arguyó, ofendido por ese reproche injusto–. Para que la noticia llegue a Akkon.*

*–Lo has hecho por ti –replicó despectivamente el rey de Jerusalén–. Porque eres vanidoso y estás ávido de gloria.*

*–Perdonadme.*

*–Tal vez lo haga. Lo decidiré cuando llegues a Akkon sin beber sangre de caballo como un bárbaro pagano.*

*–Pero ¿cómo podré llegar si no conozco mi nombre?*

*–Esta es tu prueba.*

*–¡Decídmelo! Sé que lo conocéis; decídmelo pues...*

*La aparición real se volvió, asqueada, palideció y finalmente se desvaneció en el polvo. Nubes densas envolvieron al soñador, se convirtieron en una niebla cálida, y cuando esta por fin aclaró, se encontró en la cubierta de un barco.*

*Ni rastro de asombro; solo un estremecimiento de alivio que recorrió su cuerpo cuando reconoció el puerto de Akkon, en el que se disponían a atracar. Aún conseguiría llegar a tiempo para transmitir su mensaje. Y como recompensa se le comunicaría su nombre. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos el cielo se ensombreció y el mar se convirtió en un negro monstruo espumeante. Las olas zarandearon el barco de un lado a otro y lo lanzaron contra un escollo. Los hombres gritaron, y empezaron a hundirse. Incrédulo, miró hacia abajo, y al sentir la humedad helada en los pies, despertó gimiendo de su sueño.*

*Losian miró hacia la oscuridad parpadeando y escuchó el bramido de la tempestad. Con la mano palpó su jergón y constató con incredulidad que el extremo de los pies estaba totalmente empapado.*

Se levantó de un salto y pisó un charco. Permaneció inmóvil y se esforzó en luchar contra el pánico. Era ese maldito sueño, que le infundía un terror insuperable. Losian se convenció a sí mismo de que ningún fantasma nocturno podía ser peligroso para un hombre, pero sí, en cambio, la tempestad que se estaba desencadenando allí, en el mundo real, y que por lo visto estaba provocando una inundación.

Se echó el manto sobre los hombros y salió afuera. Estaba muy oscuro, y la lluvia caía con tanta fuerza sobre él que las gotas parecían pequeños guijarros que chocaban contra su piel. Cerró los ojos, avanzó con esfuerzo hasta llegar a la segunda cabaña y abrió la puerta.

–¿Rey Edmund? –aulló para imponerse al bramido de la tormenta–. Tenemos que llevarlos a todos lo más rápido posible arriba, a la colina.

–Voy a la cocina y avivaré el fuego para preparar algunas antorchas –propuso el rey Edmund.

–Puedes ahorrarte el trabajo con este tiempo. Pero ve, aviva el fuego y deja la puerta abierta. Así al menos tendremos una luz para orientarnos.

–Está bien.

Edmund pasó a su lado y un instante después se había fundido con la oscuridad.

Losian avanzó a tientas hasta la siguiente cabaña.

–Luke, Wulfstan, fuera de aquí.

–¿Por qué tenemos que salir con este tiempo de perros? –refunfuñó Wulfstan.

–Porque el agua sube. Id a lo alto de la colina. ¡Vamos, rápido! –Siguió adelante, y no había dado cinco pasos cuando se dio de bruces con una figura–: Maldita sea... ¿Simon?

–Sí. La tormenta arrecia, así que pensamos que...

–¿Dónde están los siameses? –lo interrumpió Losian.

–Aquí –llegó una voz doble desde la sombra.

Losian les dijo, como a los otros, que subieran a la colina del castillo, y había dado media vuelta para dirigirse a la cabaña que compartían Oswald y Jeremy cuando un golpe de mar rompió con estruendo contra la empalizada. La madera crujió y se astilló, y luego oyeron cómo el agua se vertía espumeando en el patio del castillo.

–¡Corred! –aulló uno de los siameses–. ¡Simon, muévete!

Losian casi había llegado a la cabaña de Oswald y Jeremy cuando la ola lo alcanzó. Sintió como si un ariete lo hubiera golpeado en la espalda, y un instante después aterrizó rudamente en el suelo. Rodó un trecho hasta que chocó contra el borde del pozo y volvió a ponerse en pie de un salto.

–¡Oswald! –aulló–. ¡Sal, muchacho! ¡Y trae a Jeremy!

Había perdido la orientación y se frotó los ojos. Entonces descubrió un resplandor: la cocina. Le volvió la espalda para colocarse en la dirección correcta y corrió, literalmente, con la siguiente ola. Esta vez le atrapó la resaca de la ola que retrocedía, que lo arrastró con ella. Losian tragó un agua helada y sintió un miedo mortal. Pero casi en el mismo instante cuatro manos lo sujetaron.

–Vámonos ya –jadeó Godric–. Es la última oportunidad.

Losian se liberó tosiendo y quiso volver para avisar a los otros, pero los siameses lo retuvieron.

–Ya no puedes hacer nada –dijo Wulfric en tono decidido.

–Oswald... –exclamó jadeando Losian.

El bramido de la tormenta y el mar ahogó el resto de sus palabras. Sin más explicaciones, los siameses le hicieron dar media vuelta y uno de ellos le hundió el puño en la espalda.

–¡Muévete de una vez, testarudo hijo de puta!

Corrieron para salvar sus vidas. Losian tenía la sensación de que el agua le perseguía, que ya le lamía los talones. Entonces tropezó con la empalizada.

–¡A la derecha! –gritó por encima del hombro. Mientras corría, iba deslizando la mano sobre los gruesos troncos, y finalmente llegó a la brecha donde se hallaba el puente levadizo–. Id con cuidado –previno a los siameses y a Simon, y dejó que pasaran delante mientras él se quedaba en la retaguardia.

Cruzaron el puente corriendo, y por fin sintieron que el terreno ascendía bajo sus pies. Totalmente agotados, entraron por fin en la ruina de la torre del castillo, donde reinaba la oscuridad y llovía con tanta fuerza como afuera, pero era un gran alivio no tener que luchar contra el vendaval.

–¿Quién hay aquí? –gritó Losian–. Decid vuestros nombres.

–¡Cucú, adivina quién soy!

–Cierra el pico, Regy.

–Estoy aquí, Losian. El rey Edmund –se oyó más a la derecha.

–Muy bien. ¿Quién más hay?

–Wulfric y Godric –gritaron sus acompañantes.

–Simon.

–Luke –llegó una voz vacilante desde la izquierda.

–Oswald. –Se escuchó un sollozo–. Oswald. Oswald.

Losian entrecerró los ojos, aliviado. Gracias, Jesús. Avanzó despacio en dirección a la voz.

–Quédate donde estás, voy hacia ti.

Le asustaba que el joven pudiera acercarse demasiado a Regy.

No le fue difícil encontrar a Oswald, porque ahora lloraba sin parar. Losian llegó junto a él, se dejó caer deslizándose contra la pared, palpó alrededor y encontró una mano helada. Oswald se aferró a su brazo y apoyó la cabeza en su regazo.

–Jeremy –gimió el joven–. Jeremy. Agua. Tanta agua.

–Y me temo que Jeremy no es el único –llegó la voz espectral de Simon desde la izquierda.

Losian no dijo nada, pero sabía que era muy probable que el joven tuviera razón. No tenía muchas esperanzas de que los otros se hubieran salvado.

Atemorizada, la pequeña comunidad permaneció acurrucada y unida en el suelo de la sala, escuchando el bramido de la tempestad y los crujidos de las vigas de madera. Pero al amanecer el temporal amainó, y aunque los restos del tejado que habían ofrecido a Regy una precaria protección habían desaparecido, la torre del castillo aún seguía en pie. En la luz gris del alba se miraron unos a otros: siete hombres y muchachos, con los rostros helados marcados por el miedo, que al menos en ese instante se encontraban unidos por un sentimiento de comunidad y simpatía, porque habían sobrevivido juntos a la catástrofe. Y fuera del círculo y de la hermandad que formaban, Regy.

–Hambre –se quejó Oswald, rompiendo de este modo el extraño hechizo.

–Sí, yo también –reconoció el rey Edmund–. Pero me temo que todas nuestras provisiones estarán empapadas de agua salada.

–Vayamos abajo y veamos cómo están las cosas –propuso Losian.

Pero ya en el rellano frente a la puerta de la sala se detuvieron horrorizados ante el panorama de total destrucción que ofrecía el patio del castillo. Ninguno de los que no habían conseguido subir a lo alto de la colina podía haber sobrevivido allí abajo. No quedaba ni una sola cabaña; solo, aquí y allá, unos cuantos esqueletos de madera. La tierra era un desierto de limo sobre el que yacían dispersas tablas astilladas y otros escombros. Por todas partes había grandes charcos, y se había formado algo parecido al cauce de un río, que conducía aproximadamente desde el centro del patio a la amplia brecha que se abría en la empalizada exterior.

–Casas fuera –murmuró Oswald, conmocionado, y le cogió la mano a Losian.

Losian se soltó.

–Parece peor de lo que es, Oswald.

–Tonterías –replicó Wulfric–. Es al menos tan malo como parece: ya no tenemos nada que comer, ni agua potable, y todos deberemos trasladarnos a vivir con Regy si queremos tener algo parecido a una casa a nuestro alrededor.

–Pero tenemos un camino hacia la libertad –añadió Simon, y señaló con el brazo extendido la brecha en la cerca.

Losian lo observó. La mirada de los ojos verde-azulados era difícil de interpretar; pero en cualquier caso Simon no descubrió ningún signo de euforia en ellos.

–¿Qué ocurre? –preguntó–. Pensé que precisamente tú estallarías de júbilo al verlo.

–¿Ah, sí? Tal vez después de que me hayas explicado cómo piensas cruzar el mar. Propongo que primero nos preocupemos por lo más inmediato: alimentos y agua.

Empezó a bajar, y los otros lo siguieron.

–¿Y bien? ¿De dónde crees que vamos a poder sacar alimentos y agua? –preguntó Godric.

–Aún llueve –respondió Losian–. Y probablemente seguirá lloviendo todo el día. Poneos a buscar algo con lo que podamos recoger el agua de la lluvia, porque está claro que la del pozo estará salada.

Pero antes de ponerse al trabajo, se dirigieron hacia el agujero que la inundación había abierto en la empalizada. Los siete supervivientes se detuvieron junto a la brecha, que tenía unos treinta pies de ancho, y se quedaron mirando afuera, al mar, mientras sus pies se hundían lentamente en el barro helado. El mar seguía revuelto, y las olas que rompían contra la costa arenosa, en el lugar donde antes había estado el embarcadero, tenían todavía un aspecto amenazador.

–¿Quién de vosotros sabe pescar? –preguntó Losian de repente.

–Nosotros –respondieron los siameses–. Pero no sin hilo y caña –precisó Godric–. O una barca y una red.

–Ya se os ocurrirá algo. Utilizad vuestra ropa como red. O también podéis tratar de atrapar una gaviota con ella. Pero tenemos que conseguir algo para comer.

Los gemelos asintieron.

–Rey Edmund –dijo Losian en voz baja–, ¿querrías reunir con Luke y Oswald todo lo que todavía podamos utilizar?

–Desde luego, hijo mío.

–Y si encontráis recipientes en buen estado, colocadlos para recoger el agua.

Edmund asintió con la cabeza.

–¿Y tú qué planes tienes? –le preguntó.

Losian señaló a Simon.

–Nosotros dos iremos a cazar.

–¿Con las manos desnudas? –preguntó Simon en tono escéptico–. Como siempre digo, tienes que haber sido un guerrero realmente fantástico...

–No tengo ni idea de si he sido un buen guerrero –replicó Losian con frialdad–, pero en todo caso no un pusilánime como tú que se rinde antes de haber probado suerte.

**T**ambién fuera del castillo la inundación había causado estragos y la tierra estaba cubierta por un sudario de barro.

–Podríamos nadar –dijo Simon en tono desabrido.

–¿Qué? –preguntó Losian desconcertado.

–Me has pedido que te dijera cómo podremos cruzar el mar. Podríamos nadar. No puede ser mucho más de una milla. Un trayecto que un buen nadador debería poder cubrir.

–Si no hubiera corriente.

–Vaya, ¿y tú me llamas a mí cobarde?

–No hubiera debido decirlo. No eres ningún cobarde.

Simon se detuvo.

–¿Por qué no puedes soportarme, Losian?

–¿De dónde demonios has sacado eso? –preguntó Losian deteniéndose también.

–Es difícil no verlo. Criticas todo lo que digo y hago.

No puedo decirte la razón, porque yo mismo no la sé, pensó Losian. No era cierto que no le gustara el joven. Al contrario. Pero Simon le ponía furioso. Para ser un noble de quince años era demasiado tímido y sensible. Una decena de veces al día, Losian sentía el impulso de ordenarle que se sobrepusiera y se responsabilizara en serio de los problemas de su vida cotidiana. Sabía que el destino había castigado al joven con terrible dureza; pero, por alguna razón, Losian no podía tenerlo en cuenta a la hora de juzgarlo.

–Son imaginaciones tuyas, Simon. Yo... –Se detuvo. Yo soy quien no puede soportarse a sí mismo, pensó, y sintió cómo esa nada, ese espantoso vacío, se abría en su interior. «Esa lamentable criatura sin nombre ni pasado.» Siguió caminando en dirección al bosque—. Estoy convencido de que tendrías la fuerza y el valor necesarios para nadar una milla, pero la corriente es un problema. ¿No viste cuánto les costó a los hermanos, en la travesía, mantener el rumbo de la barca?

–Sí –tuvo que reconocer Simon, que avanzaba a su lado chapoteando en el fango—. Pero ¿no deberíamos, al menos, intentarlo? ¿Podríamos construir una balsa! Con los troncos de la empalizada y...

–Si tuviéramos bastante cuerda para atar los troncos entre sí, tal vez.

–¡Maldita sea! ¡Por todos los demonios, tenemos que salir de aquí antes de que los monjes vengan y vuelvan a encerrarnos! –Se exaltó Simon.

–No antes de que hayamos encontrado un camino que no nos conduzca a todos a una muerte segura –replicó Losian con firmeza.

Simon soltó un resoplido.

–Tienes miedo del mundo de ahí afuera porque no sabes dónde estará tu lugar en él, ¿no es así? En realidad no quieres irte de aquí...

Losian dio media vuelta y le abofeteó con tanta fuerza que el joven salió despedido y aterrizó en el fango. Simon se incorporó enseguida hasta quedar sentado, pero no se levantó y permaneció inmóvil, con la cabeza gacha.

–Desaparece –dijo Losian en voz baja–. Vuelve y ayuda a los otros, o prueba suerte en el mar si lo prefieres. A mí tanto me da.

Se dirigió hacia el lindero del bosque y no se volvió hasta llegar a los primeros árboles. Simon seguía sentado en el fango, con la frente apoyada en las manos, y sus hombros temblaban.

Losian bajó la mirada para contemplar la mano que había levantado contra el joven. Era callosa y grande, con dedos anchos y fuertes. Grotesca. Como una pala. Apretó el puño y por primera vez fue consciente de toda la fuerza que se escondía en esa mano. Se estremeció al pensar en cómo la había utilizado: sin ningún freno, rápida y despiadadamente, con la fuerza de todo su cuerpo. Bueno, había sido soldado, de modo que no era extraño que hubiera aprendido cómo se lanza un golpe eficaz. Pero a pesar de todo se sentía horrorizado. Eso le explicaba algo sobre el hombre que había sido una vez, algo que no tenía ningunas ganas de saber. Y cuando fue consciente de ello, comprendió también con toda claridad que había golpeado al joven porque había dicho la verdad: Losian tenía un miedo cerval a esa brecha en la empalizada.

Siguió adelante y apartó de su mente todos esos pensamientos intranquilizadores. La primavera era la peor época del año para encontrar algo comestible en el bosque. Lo único que le daba un poco de esperanza era que, al final del invierno, tampoco los animales tenían mucho que comer y por eso se sentían debilitados. Había cogido una piedra gruesa como un puño y miraba atentamente alrededor. Al cabo de un rato, sus esfuerzos se vieron recompensados. La tormenta había desarraigado algunos árboles, y uno de ellos había atrapado en su caída una corza, que estaba tendida en el suelo con las patas traseras aplastadas. Levantó el puño con la piedra y lo dejó caer con fuerza. El golpe le destrozó la tapa del cráneo al animal, que murió instantáneamente.

Al llegar al castillo, Simon pudo comprobar que los otros no habían perdido el tiempo. Habían apilado los pedazos de la empalizada derribada que el mar no había arrastrado en el interior del recinto, de modo que ahora ya no había que trepar por troncos astillados. En ese momento Luke y el rey Edmund estaban dando los últimos toques a una construcción genial: habían ensamblado las dos tablas más grandes que habían podido encontrar para formar una especie de tejado, que con la abertura hacia arriba y en posición oblicua se apoyaba en la cerca, y bajo el extremo inferior habían colocado la pesada caldera en la que cocían las gachas. Así, la lluvia que caía por la superficie de las tablas corría hacia el centro y finalmente se vertía dentro del recipiente.

—Parece que de sed no nos moriremos —oyó Simon que decía Godric tras su hombro derecho.

Volvió la cabeza.

—¿Qué? ¿Habéis pescado algo ya?

Los siameses sacudieron la cabeza, abatidos. Wulfric señaló en dirección a la empalizada.

—Ahí fuera hemos encontrado un grupito de sauces jóvenes. Hemos arrancado ramas y tejido una pequeña red. Hemos probado suerte con ella en aguas poco profundas, pero hasta ahora sin éxito.

Simon aguzó el oído.

—¿Sauces? ¿Cuántos?

Godric se encogió de hombros.

—Una docena tal vez. ¿Por qué lo preguntas?

—Tenemos que construir una balsa. Y tal vez podamos atar los troncos con ramas de sauce —explicó Simon excitado.

—Si a medio camino descubres que no aguanta, te encontrarás metido en la mierda —dijo Godric.

—Sí, y si nos quedamos de brazos cruzados hasta que los santos hermanos lleguen con una escolta armada y una cuadrilla de obreros para reparar la valla, ¡entonces sí que nos encontraremos metidos en la mierda hasta el cuello! ¿Qué os pasa a todos vosotros? ¿Os habéis acostumbrado tanto a vuestra jaula que ya no queréis salir de ella?

Wulfric levantó las manos en un gesto apaciguador.

–Claro que queremos salir de aquí. Pero no debes menospreciar el peligro del mar. La última noche ya nos mostró lo hambriento que está. Y lo fuerte que es.

–Oigamos primero lo que Losian tiene que decir sobre eso –propuso Godric.

–Oh, claro. El sabio Losian –se burló Simon–. Dice lo mismo que vosotros. Sencillamente no puedo entenderos.

–¿No? Tal vez se deba a que tu defecto no es tan llamativo como el nuestro. Supongo que a ti no te han mirado tan a menudo con los ojos abiertos como platos y te han tirado piedras o te han llamado aborto de la naturaleza.

–Sí lo han hecho, en alguna ocasión –replicó Simon–. Cuando me pasa, me revuelco por el suelo como un poseso, Godric, y la mayoría de las veces me meo encima. O si tengo mala suerte, aún puede ser peor. Es completamente... humillante, y puede ocurrirme en cualquier momento. Oh, sí, mi defecto *es* llamativo, puedes creerme. Y he podido sentir la liberación que supone estar aquí y saber que nadie se reirá de mí cuando pase. ¡Pero no por eso tenemos que quedarnos aquí acurrucados cuando Dios nos ha abierto una puerta! ¿Cómo íbamos a soportarnos a nosotros mismos si hiciéramos algo así?

–Tienes razón, hijo mío –intervino el rey Edmund en tono apaciguador–. Se nos ha abierto una puerta. Pero aún tenemos que descubrir si nos la abrió Dios o Satanás. Mientras tanto hagamos algo útil. Godric, Wulfric, seguid probando suerte con la red. Os prometo que prepararé un fuego para asar vuestras capturas. Pero necesitamos un cuchillo para limpiar el pescado. Mira, Simon. –Edmund le puso en la mano una lasca que tenía un borde afilado–. Prueba a ver si puedes conseguir una hoja utilizable con esto.

–¿Debo afilar una piedra? Puedo tardar semanas.

–Razón de más para empezar enseguida, ¿no te parece?

Quando Losian volvió, al caer la tarde, con la corza cargada a la espalda, Oswald y los siameses corrieron hacia él para liberarlo de su carga.

Y aunque el animal no pesaba más que un niño, agradeció la ayuda, porque había caminado un buen trecho, después de una noche en vela cargada de horrores, y el hambre le había debilitado.

Oswald se arrodilló junto a la corza muerta en el barro, le acarició la cabeza y se puso a llorar.

Jesús, dame paciencia, pensó Losian suspirando, y puso en pie al joven.

–Ve a ayudar al rey Edmund a hacer fuego.

Oswald se alejó caminando con la cabeza baja. En cuanto estuvo bastante lejos para que no pudiera oírles, Wulfric preguntó:

–¿Cómo vamos a destriparla? Simon está intentando afilar una piedra, pero no sé si...

–Mirad esto –lo interrumpió Losian, y se echó el manto por encima del hombro, dejando al descubierto una vaina de cuero con un cuchillo de caza, que colgaba de su cinturón.

–¿De dónde demonios has sacado eso? –preguntó Godric sorprendido.

–En el bosque hay una pequeña y destartalada cabaña de cazador. El cuchillo estaba colgado de un gancho en la pared. Aparte de eso no hay nada utilizable, me temo, salvo una mesa y dos taburetes.

–Pero el cuchillo es una bendición –opinó Wulfric, radiante–. Resuelve un montón de problemas de golpe.

–Y crea muchos otros nuevos –replicó Losian secamente.

Por eso había decidido no entregárselo nunca a nadie. Porque si, por algún descuido, llegaba a manos de Luke o –lo que era mucho peor– de Regy, podía producirse una catástrofe. Los siameses sostuvieron a la corza en alto mientras Losian la destripaba y la despellejaba. Luego se puso a trocear el animal.

–¿Dónde está Edmund con su fuego? –preguntó.

Godric apuntó con la barbilla hacia la colina del castillo.

–Ahí arriba.

Losian miró en la dirección que señalaba y no dijo nada.

–Es lo único que se puede hacer –dijo Wulfric–. La torre es una ruina, pero es mejor que todo lo que tenemos aquí abajo, es decir, nada. Demonios, yo tampoco tengo ningunas ganas de vivir allí, o

mejor dicho, en ningún sitio, con Regy, pero en este momento la torre es todo lo que tenemos.

–Tended las manos –recibió como respuesta.

Los siameses extendieron los brazos hacia él, y Losian colocó sobre sus manos algunos pedazos de carne cruda.

–Llevadlos arriba y empezad a asarlos. Si me traéis un pedazo que no esté carbonizado, tal vez me decida a cortaros el pelo y las barbas.

–Suponiendo que lo hiciéramos –dijo el rey Edmund–, ¿adónde iríamos? ¿De qué viviríamos?

–¿Y lo preguntas precisamente tú? –replicó Simon burlonamente–. Con un santo en nuestras filas supongo que podemos confiar en que Dios vele por nosotros, ¿no?

–Sí, bueno, también es verdad –admitió el rey Edmund.

–Solo hay dos días de camino desde aquí a Gilham, donde estaremos en casa –dijo Wulfric–. Podríamos ir allí para empezar. En caso de que nuestro padre aún viva, él se encargará de que no tengáis que hacer el camino de vuelta a vuestro hogar sin provisiones.

–Dichoso aquel que todavía tiene un hogar –comentó Luke con amargura. Él había sido un arrendatario siervo de los hermanos de St. Pancras y por eso no tenía ninguna posibilidad de volver a su tierra.

–Y dichoso aquel que aún sabe dónde tiene su hogar –intervino Regy, y le dedicó una sonrisa maliciosa a Losian.

**H**abía pasado una semana desde la inundación, y desde entonces los ocho supervivientes vivían en la ruina de la torre del castillo. En general, Regy había procurado mostrarse discreto, pero su continua presencia era una carga para los otros.

–La cuestión de qué sucederá si nos vamos me parece menos urgente que la de qué sucederá si nos quedamos –dijo Losian preocupado–. En un punto Simon tiene razón: con cada día que pasa aumenta el peligro de que los monjes vengan y nos enjaulen de nuevo.

—Entonces al menos volveríamos a tener algo que comer —intervino Luke.

—Cierto. Pero volveríamos a soportar el penoso destino que hemos padecido hasta ahora. Y si los hermanos no vienen, nos moriremos de sed. Hace dos días que no llueve, y mañana habremos agotado nuestras escasas reservas de agua.

—Pero tú mismo dijiste que sería un suicidio tratar de llegar a tierra firme —objetó Luke.

—Wulfric, Godric y yo hemos empezado a construir una balsa —explicó Simon—. Las estacas de la empalizada son perfectas para ello, y las hemos atado con ramas de sauce y cuerdas de caña trenzadas. Ayer los siameses cogieron los dos taburetes de la cabaña del bosque y construyeron dos remos con los asientos y dos ramas.

Losian asintió con la cabeza.

—Tenemos que intentarlo con marea alta, para que la corriente no nos empuje a mar abierto. ¿Cuándo estará lista la balsa?

Miró a los siameses, pero fue Simon quien contestó:

—Mañana.

—¿Qué harás si llegamos a tierra firme, Losian? —preguntó el rey Edmund.

—Trabajar, si puedo, o dedicarme a la caza furtiva si tengo que hacerlo.

—¿Trabajar? —repitió Regy divertido—. Eso sí que me gustaría verlo. Apuesto a que en tu vida has dado un palo al agua. Eres demasiado delicado para un trabajo de verdad. Yo te aconsejaría intentarlo con la caza furtiva, te va más.

—Supongo que solo quieres ver cómo me cortan la mano.

Regy rio como un ladrón de miel atrapado in fraganti.

—¿Debo deducir de eso que no tienes intención de dejarme aquí abandonado?

Losian mantuvo la mirada clavada en él.

—Así es.

Los otros callaron, perplejos. Finalmente Godric dijo:

—¿Cómo quieres sobrevivir ahí afuera con un demonio medio desnudo atado a una cadena?

—No lo sé. Pero si se queda aquí solo, morirá.

–Eso me rompe el corazón –se burló Wulfric–. ¿Cómo se te ha ocurrido tomar esta decisión solo? ¿No crees que todos deberíamos dar nuestra opinión sobre el asunto? ¿O es que crees que porque eres un elegante caballero y nosotros solo unos tontos campesinos, la decisión te corresponde únicamente a ti?

–Es un ser humano, y no vamos a dejarlo aquí solo.

–¿Un ser *humano*? –repitió Godric incrédulo–. ¿Has olvidado *que le rajó la garganta a mordiscos* a Robert?

–Difícilmente podría olvidarlo. Pero eso no cambia en nada mi decisión.

Su arrogancia dejó por un momento sin palabras a los siameses. Regy aprovechó el silencio para explicárselo:

–No puede dejarme aquí. Estoy loco, y él también lo está. Cree que solo a la gracia de Dios debe el no haberse convertido en alguien como yo. Yo soy su *álter ego*. Ah, claro, seguro que no lo entendéis. Digamos, pues, que soy su reflejo oscuro en el espejo. Él cree que si me deja morir aquí, estará condenado. Pero, en cambio, al llevarme con él, cerrará un pacto con Dios.

Su explicación era tan convincente que Wulfric y Godric no encontraron, así de pronto, ningún argumento que oponerle.

–¿Y si vuelve a hacerlo? –preguntó Simon en voz baja–. Lo *sian*, ¿qué será de tu pacto con Dios si Regy vuelve a matar a alguien porque tú le has dado la oportunidad?

–Entonces tendré que pagar por mi error, supongo.

**L**o único que inspiraba confianza en la balsa era su tamaño. La cerca de troncos tenía doce pies de altura, pero además se hundía en la tierra un tercio de esta longitud. Wulfric, Godric y Simon habían arrastrado los troncos hasta la playa y allí los habían ensamblado: tres capas, una sobre otra, con la intermedia cruzada con respecto a la superior y la inferior.

–No parece muy estanca –comentó el rey Edmund en tono crítico, señalando las grietas que se abrían entre los troncos.

–No hace falta que sea estanca porque todos sus componentes pueden flotar –explicó Wulfric–. Aun en caso de que perdiéramos

unos cuantos troncos por el camino, seguiríamos manteniéndonos a flote. ¡Vamos, valor!

Uno tras otro, todos subieron a bordo, incluido Regy, al que habían dado la segunda cogulla del rey Edmund. Los siameses se arrodillaron en el borde de la balsa en el lado de estribor, y Simon lo hizo a babor. Y luego cogieron los remos y se hicieron a la mar.

La balsa se balanceaba sobre las traicioneras olas, pero no parecía que fuera a hundirse.

Losian volvió la cabeza. Contempló la empalizada de troncos y miró a través de la brecha hacia el patio del castillo. Seguía siendo un desierto de lodo gris. Pero ya antes de la tormenta había sido un lugar triste. Se avergonzaba de haber dudado en darle la espalda, aunque solo fuera por un segundo. No sabía cómo los recibiría, a él y a sus compañeros de viaje, el mundo del otro lado, pero la incertidumbre y los horrores que pudieran esperarles allí eran sin duda un mal menor en comparación con lo que dejaban atrás.

Cuando habían completado más o menos la mitad del recorrido, se soltaron dos troncos de la capa intermedia, que salieron flotando en dirección Norte.

—Simon, cambiemos —dijo Wulfric sin inmutarse—. Somos demasiado pesados para el lado de estribor.

Los siameses se arrastraron sobre las rodillas hacia la izquierda, y Simon siguió su ejemplo en la dirección contraria. Otro tronco se soltó cuando Simon llegó a su puesto.

—Procurad moveros lo menos posible —aconsejó Godric, y le cogió a su hermano el remo de las manos—. Ya no falta mucho.

Losian miró hacia la costa. En cualquier caso era demasiado para los que no sabían nadar, se le pasó por la cabeza, y al ver que Simon se cansaba, lo relevó con el remo.

Cuando se soltó el siguiente tronco, la balsa se escoró claramente de su lado, y estuvo a punto de resbalar y caer al agua.

—Un cuarto de milla todavía —murmuró Simon.

Dios, danos una oportunidad, rezó Losian, y remó mirando fijamente hacia la orilla, que ahora parecía al alcance de la mano.

—St. Pancras ya no tiene campanario —señaló, y en ese momento la balsa se soltó. Vio otros cuatro troncos que salían flotando, y antes de que fuera realmente consciente de que habían perdido toda la

capa central, ya estaba en el agua. El frío helador le cortó la respiración por un momento. Luego se arrancó el cordón del manto, que amenazaba con arrastrarlo a las profundidades, y empezó a nadar. Las partes inferior y superior de la balsa se habían distanciado un poco una de otra, pero aún estaban intactas. Losian se agarró con la mano derecha a una de ellas y aún llegó a tiempo de sujetar con la izquierda a Oswald, que manoteaba en el agua presa del pánico y parecía a punto de hundirse.

—¡Aquí! —le chilló Losian al oído, y empujó la sección de balsa hacia él—. Sujétate bien y mantente tranquilo.

Pero Oswald se puso a gritar, hasta que una ola rodó sobre él. Sin soltar la balsa, Losian rodeó con el brazo el pesado cuerpo del joven.

—¡Estate quieto, Oswald, o nos ahogaremos los dos!

Fuera porque lo hubiera comprendido o porque le fallaran las fuerzas, el caso es que Oswald se relajó de repente.

Losian miró alrededor. El rey Edmund, Regy y Luke habían conseguido agarrarse a la otra sección. Estupefacto, Losian vio cómo Regy asumía el mando e indicaba a sus dos compañeros que apoyaran el tronco sobre ella y realizaran movimientos natatorios con las piernas. Parecía que funcionaba. Wulfric y Godric nadaban sin ayuda en dirección a la orilla. Y Simon apareció de repente a su lado y le ayudó a izar a Oswald sobre los restos de la balsa.

—¿Falta alguien? —preguntó el joven jadeando.

Losian sacudió la cabeza.

—Lástima. Confiaba en que la cadena hubiera acabado con Regy. Una sonrisa fugaz iluminó el rostro de Losian.

—Regy es indestructible. Lo que no puede decirse precisamente de vuestra balsa.

—No —reconoció Simon—. Pero Dios la ha mantenido a flote el tiempo necesario. Creo que los hermanos no tienen razón en lo que dicen. Él no nos ha repudiado.

**E**mpapados y helados, alcanzaron la playa. Excepto Oswald y Luke, que tiritaban y parecían aturridos, los demás estaban eufóricos y miraban alrededor llenos de curiosidad. La mitad de la iglesia

conventual se había derrumbado. La sala capitular y los edificios agrícolas habían desaparecido. Solo la cocina –el único edificio de piedra aparte de la iglesia– parecía aún intacta. Y por ninguna parte se veía la menor señal de vida.

–Diría que, en comparación con la inundación que ha habido aquí, la nuestra era un baño de pies –constató objetivamente Wulfric.

Inspeccionaron las ruinas del convento y entre los escombros de la iglesia encontraron los cadáveres de tres monjes ahogados. O bien el mar había arrastrado lejos al resto de los hermanos o estos habían huido. En el edificio de la cocina, el rey Edmund descubrió una puerta de guillotina detrás del gran fogón. Los siameses hicieron una fogata, que humeaba terriblemente porque la madera estaba mojada, pero al final uno de los leños ardió lo suficientemente bien como para que pudieran utilizarlo como antorcha. Simon bajó al sótano. Al llegar abajo, el joven giró lentamente sobre sí mismo y observó los tesoros a la luz vacilante de la antorcha.

–¡El suelo está mojado, pero no ha entrado mucha agua! –gritó hacia arriba.

–¿Qué hay ahí? –preguntó el rey Edmund.

–Cajas de manzanas. Sacos de harina, pero están mojados. Y... madre de Dios; perdona, rey Edmund, ¡pero aquí hay un jamón!

–¿Y barriles? –preguntó Regy.

–En cantidades. Uno está espitado. –Simon abrió el grifo y bebió con avidez. Cuando volvió a incorporarse, en sus labios se dibujaba una sonrisa beatífica-. ¡Vino tinto de Lorena, *monseigneurs!*

–Oh, fantástico, una borrachera. –Regy guiñó el ojo a Losian-. Nos emborrachamos a conciencia y luego vamos al cementerio y nos meamos sobre las tumbas, ¿qué te parece?

–¿Por qué no te ahogaste en el mar, Regy? –preguntó Losian áseramente, pero sus ojos verde-azulados chispeaban de entusiasmo.

Losian se despertó con resaca, y la primera palabra que le vino a la mente fue *Bristol*. Aquello evocó en él una muy peculiar mezcla de alegre excitación y desesperanza, pero antes de que pudiera atrapar lo que le parecía un recuerdo, este se diluyó como una columna de humo arrastrada por el viento.

Se sentó y miró alrededor. Luke y Oswald estaban tendidos en el suelo cubierto de paja y dormían. El rey Edmund, Simon y los siameses habían desaparecido. Y Regy estaba sentado con la espalda apoyada en la columna de soporte a la que le habían encadenado.

—¿Qué es Bristol?

—Una pequeña ciudad portuaria en el Sur —respondió Regy.

—¿Y sabes si Bristol tiene algo especial?

—Si no consideras que los barcos y los marinos de todo el mundo son algo suficientemente especial, no. Bueno, Bristol tiene un castillo. Una de las plazas fuertes más importantes de Inglaterra, y base principal y lugar de refugio del famoso conde Robert de Gloucester. ¿Cómo se te ha ocurrido eso de Bristol?

—Ni idea —replicó Losian, y se levantó. Mientras se acercaba a la mesa para comprobar cuántas provisiones les quedaban todavía, se preguntó si no se habría emborrachado alguna vez en esa ciudad portuaria. Sobre la mesa había una caja con unas manzanas arrugadas, y a su lado un segundo jamón, además de unas cebollas. Era todo lo comestible que habían podido hallar.

Wulfric, Godric y Simon volvieron a la cocina.

—Hemos encontrado un almacén que se ha conservado en parte —dijo Simon—. Unos cuantos barriles de cerveza, col fermentada y carne adobada.

—Fantástico —exclamó Losian satisfecho—. Llenad un caldero con col y carne. Yo avivaré el fuego. Mientras se calienta nuestro desayuno, podemos oír misa. ¿De acuerdo?

Como Losian había supuesto, el rey Edmund los esperaba ya en la iglesia medio derruida. Con los ojos brillantes, su pastor celebró la más solemne de las misas a las que habían podido asistir desde su llegada a la isla, y todos se sintieron transportados por un sentimiento de euforia mientras daban gracias a Dios por la feliz travesía y su libertad reconquistada. En el desayuno que siguió en el edificio de la cocina se deleitaron con la desacostumbrada abundancia de alimentos y comieron ávidamente la col y la deliciosa carne. Después de que no quedara ni rastro de comida en el caldero y se hubiera vaciado la última jarra de cerveza, se hizo el silencio en la

mesa. Los fugitivos permanecieron sentados en dos bancos, cara a cara, intercambiando miradas desconcertadas.

–Bueno –dijo Simon finalmente–. ¿Y ahora qué?

–Supongo que quieres ir a casa por el camino más rápido –sugirió Wulfric al joven normando.

–Naturalmente. Pero hay cincuenta millas de aquí a York, cien millas de York a Lincolnshire, y en el país reina la anarquía. Necesito un caballo, armas y algo de dinero; si no, nunca llegaré.

–Tal vez lo más inteligente sería que al principio viajáramos juntos –propuso Wulfric–. De todos modos, de momento todos debemos tomar el mismo camino, me parece. ¿O hay alguien que no quiera ir hacia el Sur?

Losian se volvió hacia Luke.

–¿Y tú, qué quieres hacer? Aquí estás cerca de casa, ¿no es cierto?

El anciano asintió, pero en sus ojos se leía el miedo.

–Cuando la serpiente llegó a mi vientre, mi propio hijo se lo reveló a los monjes. No puedo volver. Y tampoco puedo trabajar la tierra. No con la serpiente. Losian, tú eres el único que puede expulsarla.

Fantástico, pensó Losian, esto significa que de ahora en adelante tendré que cargar contigo. Igual que con Oswald y –que Dios me ayude– con Regy.

–¿Y tú, rey Edmund? –preguntó–. ¿De dónde procedes?

El pequeño anglosajón lo miró como si Losian le hubiese preguntado si a la mañana siguiente el sol volvería a salir de nuevo. Burlonamente levantó las cejas y respondió:

–De East Anglia, hijo mío.

–Oh. Claro. –Cualquier niño, en Inglaterra, le hubiera podido decir que el famoso rey mártir procedía de East Anglia–. Perdona, ha sido una pregunta tonta. ¿Y quieres volver allí?

–Creo que sería un buen lugar para descubrir qué planes me ha reservado Dios para el futuro.

–Entonces deberíamos hacer lo que Wulfric ha propuesto –dijo Losian–. Partimos juntos hacia el Sur.

Ahora que tenían un objetivo, todos estaban ansiosos por ponerse en marcha. Al contrario que en la fortaleza de la isla, allí habían

encontrado toda clase de tesoros entre los escombros; pero se pusieron de acuerdo en llevarse solo lo más necesario: una manta para cada uno, sandalias para los descalzos, las manzanas, el jamón y tanta carne adobada como pudieran transportar. Los tesoros de la iglesia se quedaron donde estaban, porque pertenecían a Dios. Con un sol radiante partieron del convento, y no tardaron mucho en encontrar un sendero que cruzaba el bosque en la dirección que habían elegido. Cuando el sol, brillante como una yema de huevo fresca, se posicionó en el Oeste, se detuvieron, comieron carne y manzanas y bebieron el agua de una fuente cercana. Saciados y somnolientos, se arrebujaron en sus mantas.

Al día siguiente, al atardecer, llegaron a Gilham, donde los siameses habían tenido su hogar. El bonito pueblo se hallaba situado en una depresión en la que se apretujaban tal vez dos docenas de casas en torno a una iglesia de madera. En el centro había una plaza cubierta de hierba con un pequeño estanque. En las colinas que lo rodeaban se extendían los campos de los aldeanos, que por lo visto a esas horas ya habían abandonado el trabajo, porque no se veía a nadie por ningún lado.

Godric y Wulfric intercambiaron una sonrisa nerviosa y se detuvieron ante el seto de una casa situada en la placita.

Godric carraspeó y exclamó finalmente con voz apagada:

—¿Padre?

Esperó un momento y añadió:

—Hemos vuelto.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y una joven salió afuera. Al ver a los siameses, la mujer levantó los brazos al cielo y lanzó un grito estremecedor.

—Gunda... —dijo Godric con una sonrisa un poco tensa, y a continuación miró a su hermano pidiendo ayuda y este preguntó:

—¿Dónde está nuestro padre?

En lugar de responder, la mujer gritó:

—¡Thurgar! ¡Robert! ¡Venid, deprisa! Oh, virgen santa, protégeme de las visiones del infierno...

–Gunda, ¿a qué viene esto? –preguntó Godric–. Somos tus primos y no unas visiones del infierno. Y ahora dime dónde está nuestro padre.

La joven empezó a llorar y se refugió a toda prisa en el interior de la casita.

De la cabaña vecina llegaron dos tipos robustos, uno de los cuales llevaba un hacha en la mano.

–¿Qué ocurre aquí...? ¡Oh, Jesús, María y José!

El del hacha se quedó petrificado, como si lo hubieran clavado al suelo, y el otro se acercó con los brazos abiertos a los recién llegados.

–¡Godric! ¡Wulfric! Sois... sois unos hombres ahora.

–Thurgar –le saludó tímidamente Godric.

Thurgar fue a abrazarle, pero su compañero lo retuvo.

–Ve con cuidado. Ya sabes lo que dijeron. –Lanzó un silbido en dirección a la iglesia–. ¿Padre Edgar? ¿Puedes venir, por favor?

–¡Robert! –protestó Wulfric–. Podrías decirnos de una vez dónde está...

–Vuestro padre está muerto –lo interrumpió Robert.

Los siameses se miraron y luego bajaron la cabeza.

–Tan muerto como vosotros –añadió el mozo en tono agresivo.

Losian apoyó una mano en el hombro de cada uno de los siameses y luego se volvió hacia el hombre.

–¿Tu nombre es Robert, amigo?

–Exacto, pero yo no soy tu amigo.

–Muy bien, como quieras, Robert de Gilham. Pero estos hombres no están muertos. Lo que tienes ante tus ojos no es ninguna visión.

–Oh, sí que lo están –dijo alguien en tono terminante–. Los santos hermanos se lo dijeron a su padre.

Losian volvió la cabeza y se encontró cara a cara con el párroco del pueblo.

–Fue un error, padre –dijo.

La mujer del párroco, acompañada de media docena de niños, salió corriendo de la cabaña junto a la iglesuela lanzando gritos tan estridentes como los de Gunda, lo que no impidió que se acercara con su prole a contemplar lo que ocurría.

Wulfric le tendió la mano al párroco.

–Vamos, tócame, padre Edgar, y así comprobarás que soy de carne y hueso.

El religioso retrocedió sacudiendo la cabeza.

–Podría convenirte que lo viera así.

Ahora de todas las casas llegaba gente que se agrupaba en la plaza cuchicheando con nerviosismo. Por el tono se podía percibir que estaban asustados. Losian miró alrededor. Eran más de treinta. Y eran peligrosos.

–¿Y qué dirás, padre Edgar, si te demuestro que estos dos hombres son de carne y hueso? –preguntó.

–¿Cómo vas a demostrarme eso?

–Mostrándote que pueden sangrar. Ni los espíritus ni los demonios pueden sangrar, ¿no es cierto?

El padre Edgar le miró entrecerrando los ojos.

–He oído hablar de poderes oscuros que se sirven de los cuerpos de los muertos y los hacen deambular por la tierra para practicar sus malignas acciones. Me pregunto si esos cuerpos no podrán sangrar.

–Como estoy seguro que sabrás, hermano –objetó el rey Edmund–, eso solo afecta a los cuerpos de los marinos y los pescadores ahogados, y estaremos de acuerdo en que estos dos no tienen aspecto de ahogados, ¿no?

El religioso lo miró.

–¿Y tú eres...?

–Es el pastor de nuestra comunidad –intervino rápidamente Simon, que sin duda pensaba que ese no era el mejor momento para explicar a estos campesinos que uno de ellos se tenía por un mártir muerto.

–Bien, piadoso pastor –se burló el párroco del pueblo–. Los santos hermanos de St. Pancras nos han hecho saber que estos dos de aquí están muertos. ¿Cómo voy a concederte más crédito a ti que a ellos? ¿No fueron estos siameses desde siempre una *ofensa* al plan de Dios? ¿Uno de esos repugnantes engendros que solo el infierno puede producir?

–¿Ah, sí? –exclamó Thurgar, sorprendido–. ¿No eras tú el que siempre nos decía que traían suerte?

–Era la suerte del diablo –gruñó el párroco–. Mirad en qué compañía aparecen ahora. Yo digo que debemos expulsarlos. Es mejor asegurarse.

–Y yo digo que la vergüenza caiga sobre ti, padre Edgar –replicó Thurgar furioso–. Yo veo aquí a dos hombres vivos que son mis primos, y que por el bien de este pueblo se aventuraron en lo desconocido. ¿Qué clase de bienvenida es esta que les ofrecemos?

–¡Fuera con ellos! –gritó la mujer del padre Edgar–. ¡Nos traerán malas cosechas y granizo si permitimos que se queden! –Y de pronto echó bruscamente el brazo hacia atrás y lanzó un objeto. Era una piedra grande como un puño, que alcanzó a Wulfric en la sien.

Wulfric levantó la mano, recorrió con dos dedos el pequeño reguero y se los mostró al padre Edgar.

–Sangre, ¿ves?

El párroco no lo miró. Voló una segunda piedra.

Un rayo de sol envolvió la iglesia, la plaza y el estanque con una clara luz primaveral, pero eso no calmó los ánimos de los presentes.

–Largaos –gruñó Robert, y acto seguido levantó su hacha y se dirigió hacia los recién llegados–. Ahora que aún podéis.

–Robert, entra en razón... –le imploró Thurgar.

Un pedazo de leña llegó disparado desde la izquierda y chocó contra el brazo de Regy. El golpeado maldijo en voz baja y murmuró a Losian en normando:

–Hay uno que está tensando su arco. A tu izquierda. Nos has metido en un buen lío, tipo listo.

–Losian... –dijo Simon, y había miedo en su voz.

El joven, que estaba blanco como la tiza, trató de decir algo, pero no consiguió que de su boca saliera ningún sonido. Sus párpados temblaron, luego puso los ojos en blanco, su cuerpo se arqueó y Simon cayó al suelo.

Se oyeron exclamaciones de horror, y también los compañeros de Simon miraron hacia abajo asustados. El joven normando se retorció sobre la hierba. Su cara estaba deformada hasta hacerle casi irreconocible y tenía espuma en la boca. Incluso Losian se sintió horrorizado ante el espectáculo y se quedó petrificado, incapaz de reaccionar.

Eso mismo parecía ocurrirles a todos, excepto al rey Edmund, que se arrodilló junto a Simon sobre la hierba, rezó en voz baja y le colocó la mano en la frente. De inmediato, el joven se calmó. El temblor cesó y los miembros contorsionados se relajaron y se extendieron hasta que Simon quedó tendido de espaldas, inmóvil. Entonces sus párpados se abrieron despacio. Los habitantes de Gilham murmuraron excitados.

–Yo... lo siento –dijo el joven con un hilo de voz.

–Chsss... –hizo el rey Edmund, y luego sonrió y le apartó los cabellos húmedos de la frente–. Todo va bien, hijo mío. Ya pasó.

El padre Edgar se persignó.

–Esto... esto parecía un milagro.

Los aldeanos cuchichearon. Losian los miró, receloso. La sorpresa podía haber apaciguado momentáneamente a la gente, pero aquello no duraría. Se inclinó sobre Simon y le tendió la mano.

–Levántate. Vamos.

El joven lo miró parpadeando.

–Sí. Tienes razón.

Levantó el brazo izquierdo para coger la mano de Losian, pero enseguida lo dejó caer de nuevo sobre la hierba. Por lo que parecía, Simon se hallaba en un estado de profunda postración y era incapaz de moverse.

–Hermano, ¿me harías la caridad de traer un vaso de agua para este joven enfermo? –pidió el rey Edmund al párroco del pueblo.

–¿Qué le ocurre a este muchacho? –preguntó el otro–. ¿Está poseído?

Lo que faltaba, pensó Losian. Tenía que pasar...

–No, no –aseguró Edmund con su más suave sonrisa de pastor.

–Y ahora lo que le atormentaba ha desaparecido, ¿no es eso? Trae agua, mujer –chilló el padre Edgar por encima del hombro.

Su mujer, que no tenía la menor intención de perderse el espectáculo, envió a su hijo mayor a la cabaña. El joven volvió rápidamente con un vaso de madera que tendió al rey Edmund.

–Tomad, hombre santo –murmuró respetuosamente.

–Gracias, hijo mío.

Edmund pasó un brazo por debajo de la nuca de Simon, le levantó la cabeza y le dio de beber.

—¿Quién... quién eres tú, hermano? —preguntó el padre Edgar.

Losian resopló sonoramente por la nariz e intercambió una mirada con Regy, que parecía hacer grandes esfuerzos para contener su hilaridad y le dirigió un guiño travieso.

—Soy el santo Edmund, hijo mío —dijo el anglosajón, como Losian había temido—. No tengáis miedo. Ni yo ni mis compañeros hemos venido a castigaros, porque sé que sois buenos cristianos de corazón compasivo.

El padre Edgar cogió a su hijo por el hombro y lo arrastró hacia atrás. Con la boca entreabierta contempló al supuesto santo, que le sonrió con suavidad. Y entonces el párroco de Gilham cayó de rodillas, juntó las manos y las elevó al cielo.

**P**rofundamente agotado, como siempre después de un ataque, Simon durmió unas horas, y al despertar se vio en una cama de paja fresca y blanda. Losian hacía guardia a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el joven.

—Tuviste un ataque —respondió Losian.

—Ah, sí. La luz del sol centelleó en el estanque del prado del pueblo. Ya había tenido ataques en otras ocasiones por cosas parecidas... Los siameses... el tipo con el hacha... ¿Qué ha pasado?

—Todo va bien. Podría decirse que tu ataque nos salvó. Se te pasó justo en el momento en que el rey Edmund posaba su mano sobre ti. Y ahora creen que se produjo un milagro y que un auténtico santo está de visita en Gilham.

Simon resopló divertido.

—Nunca pensé que la epilepsia pudiera llegar a revelarse tan útil algún día.

—¿Crees que podrás levantarte? Han decidido agasajarnos en lugar de apedrearnos. Todos te están esperando.

—Claro que puedo levantarme. Solo que no llevo ropa. Supongo que he vuelto a hacerme mis necesidades encima —dijo, apartando la mirada.

—No tienes ningún motivo para avergonzarte, Simon.

—Oh, claro que no. Ya puedes decir lo que quieras, pero cuando uno pierde su dignidad, también pierde su honor.

—De una cosa puedes estar seguro: quien se ha perdido a sí mismo, sabe todo lo que se puede saber sobre la pérdida de la dignidad y del honor. A mí me parece que solo hay un método contra esto. No debes hacer depender tu honor de lo que otros vean o crean ver en ti. El honor es algo que está solo entre Dios y tú.

—Bah —soltó Simon—. ¿Qué me aporta mi honor si solo es un secreto entre Dios y yo?

—Paz interior, supongo; pero no puedo decírtelo con demasiada exactitud, porque yo mismo no poseo la sabiduría necesaria para este tipo de sentimiento. Aparte de esto, tengo que decirte que el bravo Robert, el que portaba el hacha, casi tropieza con sus propios pies en su afán por prestarte unos pantalones limpios y su mejor camisa. Están ahí delante, sobre el taburete.

—Fantástico. Vamos, desaparece, Losian. No necesito la ayuda de aya alguna para vestirme.

—Ven a la iglesia cuando estés listo.

Cuando Simon estuvo solo, hizo un repaso de su estado. Se había mordido la lengua hasta sangrar. Le dolían los brazos y las piernas, y al día siguiente tendría unas terribles agujetas. Así ocurría siempre. Pero se sentía bastante fuerte para levantarse.

Se hallaba en una cabaña de campesinos de una sola habitación, en cuyo centro ardía un fuego en un hogar, y sobre la mesa había un cubo de agua. Simon se lavó y se vistió con las raídas calzas. Alguien había tendido una cuerda detrás del fuego, de la que colgaban sus ropas ya lavadas. La visión de su antes elegante, pero ahora bastante desastrado brial verde, le llevó a pensar en su tío, ya que había sido él quien le había regalado la prenda antes de enviarle a York.

La traición de su tío le seguía doliendo, pero ese día Simon sentía más ira que aflicción. Losian tenía razón: lo que uno era dependía en gran medida de cómo se veía uno a sí mismo. Desde que Simon, a los siete años, había tenido el primer ataque, el mundo le había tratado como una plantita delicada; pero el último cuarto de año le había enseñado que era más duro de lo que nunca hubiera podido soñar. Había sobrevivido al exorcismo, a la inundación y a la huida a través del mar. Volvería a su hacienda, y cuando llegara el momento sabría obtener satisfacción por los agravios que le habían inferido.

Tras vestirse con la camisa de Robert, se dirigió a la iglesia. Los aldeanos habían encendido un fuego en el suelo limoso, sobre el que la mujer del párroco giraba un espetón con pescado. Los campesinos estaban sentados sobre sus mantos en el suelo y escuchaban al rey Edmund, que estaba narrando una historia. Estaban tan fascinados con su relato que nadie se dio cuenta de que Simon había llegado con excepción de sus compañeros de viaje, que estaban sentados un poco apartados de los otros. También los siameses, constató Simon, compungido. Qué desgraciada vuelta a casa habían tenido: el padre, muerto; y los vecinos y parientes, hostiles a ellos. Debía de haber sido una experiencia desoladora. Pero cuando le vieron parado en la puerta vacilando, Wulfric le hizo una seña, y su sonrisa le pareció tan despreocupada como siempre. Simon se unió a ellos, se sentó en el suelo y escuchó.

—... Dos crueles príncipes daneses llegaron con sus hordas a East Anglia; sus nombres eran Hinguar y Hubba. Los daneses eran demasiados, y mis pobres tropas no podían hacerles frente. Para evitar que fueran aplastadas, las envié a casa. Solo, me puse en manos de mis enemigos. Pero en realidad no estaba solo, porque Dios estaba conmigo. Los daneses me cargaron de cadenas y me llevaron ante Hinguar. «Dame tu corona, Edmund de East Anglia, y abjura de tu fe. Rinde pleitesía a mis dioses Thor y Odín, y entonces conservarás la vida y me pagarás tributo.» «Toma mi corona, es una bagatela terrenal y no significa nada para mí, pero jamás rendiré pleitesía a tus ídolos paganos», repliqué yo. E Hinguar, furioso, ordenó que me ataran a un árbol y me atormentaran con el látigo hasta que renunciara a Nuestro Señor Jesucristo.

Un suspiro horrorizado resonó en la iglesuela. Entonces Edmund les volvió la espalda y dejó caer su vestido hasta las caderas.

Simon se quedó sin aliento. Nunca antes había visto unas cicatrices como aquellas. Alguien debía de haber golpeado una vez a ese loco digno de compasión hasta que la carne había colgado a jirones de su espalda.

—¡Ved, amigos míos, cómo castigaron este pobre cuerpo! —exclamó Edmund—. Pero eso no fue todo. —Se volvió de nuevo—. Venid y mirad. Acercaos, no tengáis miedo.

No solo las mujeres de Gilham lloraron cuando vieron el torso de Edmund. Unas cuantas se levantaron y se acercaron vacilando.

—Cuando seguí negándome a renegar del Señor, Hinguar ordenó que me ataran de otro modo contra el árbol. Y luego cogió su arco, y también todos sus hombres, y acribillaron con sus flechas esta envoltura carnal hasta que estuvo cubierta de pinchos como los de un erizo.

Simon se quedó mirando, perplejo, el pecho, el vientre y los brazos de Edmund, que estaban cubiertos de cicatrices del tamaño de un penique. Se inclinó hacia Losian y susurró:

—¿Qué demonios son esas marcas?

Losian se encogió de hombros.

—Parecen heridas de flecha...

—Pero... Losian, eso no es posible. Dos se encuentran justo sobre el corazón. ¡Con esas heridas debería estar muerto y enterrado!

Robert se arrodilló ante Edmund y levantó la mano izquierda.

—¿Puedo...?

—Desde luego —dijo el rey Edmund—. Puedes tocar mis heridas, hijo mío. Pero no hay ningún motivo para que caigas de rodillas ante mí. Levántate, Robert de Gilham. Solo debemos arrodillarnos ante Dios.

Robert volvió a levantarse y colocó con cuidado dos dedos sobre una de las cicatrices del pecho de Edmund. Detrás de él se formó una cola. Y mientras los aldeanos se acercaban uno tras otro, colocaban la mano sobre las heridas del rey mártir y esperaban a que este los bendijera, Edmund acabó su relato:

—Todavía había vida en mi cuerpo, pues Dios me había elegido para mostrar a los paganos que su poder era mayor que el de todos sus ídolos. Cuando Hinguar por fin se quedó sin flechas, ordenó que me decapitaran. Y así pude por fin volver con mi creador. Por un tiempo.

Simon murmuró sacudiendo la cabeza:

—Sea lo que sea lo que le ocurriera, no me extraña que perdiera la razón.

—Si es que no dice simplemente la verdad —objetó Godric.

—¿Tú crees eso? —preguntó Simon intrigado.

–No. Pero, igual que tú, no puedo explicarme cómo pudo sobrevivir, fuera lo que fuera lo que le pasara.

Mientras las mujeres sacaban el pescado del espetón, los hombres rodearon al rey Edmund, lo contemplaron, admirados, y le hicieron preguntas.

–¿Esto significa... que resucitaste? –preguntó el padre Edgar. El rey Edmund levantó el índice en un gesto admonitorio.

–Fui reenviado, por un breve tiempo, para apoyar al pueblo inglés en la dura prueba de esta guerra impía.

–El santo Edmund solo tenía treinta años cuando murió –dijo Simon a media voz–. Espero que nadie le pregunte cómo es que ahora es más viejo.

–Una vez se lo pregunté –respondió Losian–. Dijo que había vuelto al mundo como un hombre de treinta años, y que desde entonces envejecía.

Comieron en una atmósfera relajada, pero cuando ya no quedaba nada que llevarse a la boca, Robert se levantó y tomó la palabra:

–Ha llegado el momento de que debatamos sobre la situación de Wulfric y Godric. Siento que no os hayamos ofrecido una bienvenida cordial; pero estábamos convencidos de que estabais muertos. Cuando luego vuestro padre murió, Gunda y su marido Wilfred se hicieron cargo de sus tierras y sus rebaños, pues Gunda era, o al menos eso creíamos, su pariente vivo más próximo.

–Bien, Robert –replicó Godric fríamente–. Los errores se pueden rectificar. Las tierras y los rebaños nos corresponden a nosotros.

Robert sacudió la cabeza.

–No es tan sencillo...

–¿A quién pertenece este pueblo? –los interrumpió Regy con brusquedad.

–Baudouin FitzRichard es el *lord* señor de Gilham –respondió el padre Edgar–, pero está luchando en algún lugar al lado de la emperatriz Maud. En cualquier caso, aquí no lo ha visto nadie desde hace cinco años. Su camarero viene una vez al año, poco después de San Miguel, cobra los arriendos y desaparece de nuevo. Todo lo demás se lo deja a Robert, ya que él es el que le representa.

–¿Tú? –preguntó Wulfric a Robert en tono incrédulo–. ¡Pero si eres demasiado joven para eso!

Robert se encogió de hombros y esbozó una sonrisita satisfecha. Simon pensó que las cosas empezaban a ponerse feas para sus amigos. Sabía que un representante era un campesino siervo que se hacía cargo de la rutina cotidiana en la administración de los bienes del señor de la tierra. E intuía que Robert era del tipo de los que se dejaban sobornar por los campesinos y abusaban de su posición.

—Yo actué de buena fe cuando adjudiqué la tierra a Gunda —explicó Robert—. Por eso no pienso volverme atrás en mi decisión.

Godric se volvió hacia su prima.

—¿Y tú qué dices, Gunda?

En el silencio que se hizo, respondió Thurgar:

—Creo que Gunda haría mejor en cerrar la boca. Su Wilfred murió ahogado el último otoño, y ahora se casará con Robert y los dos tendrán más tierra de la que nunca tuvo nadie en Gilham. Por eso hubieran estado mucho más contentos si nunca hubierais vuelto a casa.

Gunda se volvió hacia los siameses.

—¿Y vosotros por qué tenáis que estar tanto tiempo fuera? Si os vais por ahí durante cuatro años, la culpa de que ya no quede tierra para vosotros es solo vuestra.

Los siameses se pusieron en pie de un salto.

—Ahora escúchame tú. Eres una... —empezó Godric furioso, pero Robert lo interrumpió en seco.

—Será mejor que vigiles cómo te diriges a mi prometida. Abrid bien los oídos, vosotros dos: tal vez me deje convencer y os permita roturar un pedazo de bosque y cultivar la tierra para que no tengáis que trabajar para mí como siervos; pero no lo haré si no nos mostráis el debido respeto a mí y a mi novia. ¿Está claro?

—¿Respeto? ¿A ti? —Godric estaba fuera de sí—. ¿Yo debo mostrarte *respeto* por que me permitas roturar nuevas tierras después de que tú me hayas robado las mías? Ven aquí, Robert, y verás cómo sé agradecerte tu generosidad. Una nariz ensangrentada aún será...

—Sé razonable, muchacho —lo interrumpió el padre Edgar—. Comprendo que tiene que ser amargo para vosotros, pero es una oferta justa.

Godric lanzó un resoplido.

—Es de una injusticia que clama al cielo, hasta el punto de que me dan ganas de romperle todos los huesos a vuestro famoso «valido».

—Pero ¿qué será de vosotros si no? ¿De qué queréis vivir?

Los siameses no respondieron enseguida. Simon sabía que naturalmente Edgar tenía razón. Wulfric y Godric necesitaban un pedazo de tierra que los alimentara. Y por lo visto los dos hermanos habían llegado a la misma conclusión. Después de ponerse de acuerdo sin necesidad de palabras, se dirigieron al párroco del pueblo.

—No, no lo hagáis —se oyó decir Simon a sí mismo, y se levantó—. Estas personas no os quieren. No os humilléis ante ellas. Volvedles la espalda, igual que ellas os la han vuelto a vosotros, y venid a casa conmigo.

**E**l padre Edgar y el rey Edmund habían evitado que estallara una pelea, pero la tarde había acabado entre discusiones en un ambiente encrespado. La decisión de los siameses era firme: querían marcharse con Simon y tratar de construirse una nueva vida en sus tierras.

Ahora los compañeros de viaje estaban tendidos, durmiendo, junto a un fuego a punto de apagarse. Solo Losian permanecía desvelado. Desde que había vuelto al mundo, con cada día que pasaba el extraño que habitaba su cuerpo le resultaba más y más inquietante. Gunda le inspiraba deseo. Aquello no era nada extraño en alguien que había vivido durante dos años y medio como un monje; pero en su interior oía una voz que le impulsaba a ir a ella y coger lo que quería. No se le había escapado que la mujer vivía sola en su pequeña choza. Lo sabía porque la había espiado. ¿Por qué había hecho eso? ¿Porque planeaba el siguiente paso?

¿Y qué harás si grita? Le tataré la boca. ¿Y si Robert lo oye y corre en su ayuda? Supongo que entonces tendré que matarlo. No debería serme difícil, porque solo es un campesino y yo soy... ¿Qué? ¿Un guerrero endurecido? ¿Un cruzado que deshonoró a las mujeres de los infieles hasta que se convirtió en una agradable costumbre? ¿Era posible que la idea le produjera malestar y que, a pesar de todo, fuera ese tipo de hombre? Había observado más cosas

en sí mismo que le desconcertaban. Siempre que en el curso de sus caminatas a través de los bosques oían un ruido que hacía estremecer a Luke y al rey Edmund, que temían a los malhechores, la mano de Losian saltaba a la vaina de su puñal con una presteza que a él mismo le dejaba pasmado. Con la hoja en la mano, miraba alrededor y sentía bullir la sangre en sus venas. Siempre había resultado una falsa alarma, y en cada ocasión se había sentido decepcionado. Como si hubiera sido víctima de un engaño...

Losian se levantó y salió de la iglesia. Mientras, paseando sin rumbo, cruzaba la plaza del pueblo, de pronto percibió un jadeo. Miró alrededor. Una sombra greñuda que se encontraba plantada ante la cabaña de Gunda parecía mirarle fijamente. Losian se estremeció de miedo: ¿era la visión de un perro infernal que le prevenía ante el acto pecaminoso que tenía intención de cometer? Pero cuando la sombra se movió, rechazó ese pensamiento con una risita avergonzada. Solo era un perro guardián, que ahora avanzaba hacia él con pasos vacilantes. De pronto el perro levantó la cabeza y salió disparado hacia la iglesia. En la entrada saltó, ladró y armó un escándalo tal que Losian corrió tras él y le abrió la puerta.

El perro corrió moviendo la cola hacia los hombres que dormían junto al fuego y se abalanzó sobre Wulfric y Godric. Los siameses se levantaron de un salto.

—¿*Grendel*? ¡No puede ser cierto! —gritó Wulfric, y estrechó entre sus brazos al monstruo greñudo, que, loco de alegría, lamía la cara a los dos hermanos, entusiasmado.

Losian contempló el alegre reencuentro y pensó en lo que probablemente habría hecho si el perro no se hubiera cruzado en su camino. Tal vez ese monstruo peludo hubiera salvado su alma. En cualquier caso había hecho que Losian dejara pasar, sin utilizarla, la oportunidad de aprender un par de verdades sobre sí mismo.